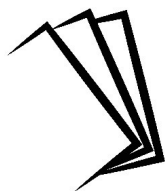


CONVENCIENTO A SÓCRATES



LIVIO ROSSETTI





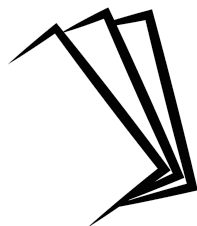
ExLibrisTeseoPress 151600. Sólo para uso personal



Convenciendo a Sócrates

Livio Rossetti

Prólogo de Alejandro M. Gutiérrez





ISBN: 9789878689616

Equipo de traducción: Alejandro Gutiérrez (coordinador general del proyecto), Hernán Calomino, Francisco Cansanello, Gustavo Cruz, Tadeo Debesa y Macarena Mohamad

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

Rossetti, Livio

Convenciendo a Sócrates / Livio Rossetti ; ilustrado por Gustavo Cruz ; prólogo de Alejandro Mauro Gutiérrez. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alejandro Gutiérrez, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Alejandro Mauro Gutiérrez ... [et al.]

1. Filosofía. I. Cruz, Gustavo, ilus. II. Gutiérrez, Alejandro Mauro, prolog. III. Título.

CDD 183.2

Este libro fue compaginado desde [TeseoPress](#).

Indice

Agradecimientos

Prólogo

Personajes

Escena I

Escena II

Escena III

Apéndice

Ser procesado en tiempos de Sócrates

Términos griegos

Agradecimientos

La siguiente es una traducción de *Convincere Socrate*, de Livio Rossetti, texto teatral publicado en 2017. La tarea fue realizada por el equipo de traductores del Taller de traducción de italiano que forma parte de *Interpres*, Programa de práctica y estudio de la Traducción (Lectura Mundi, Universidad Nacional de San Martín). Integran el equipo de traducción Alejandro Gutiérrez (coordinador general del proyecto), Hernán Calomino, Francisco Cansanello, Gustavo Cruz, Tadeo Debesa y Macarena Mohamad.

Queremos agradecer a Valeria Sonna, Mariana Gardella, Vanesa Gutiérrez y Lucas Donegana por las valiosas observaciones y sugerencias. Sus aportes han mejorado la presente traducción y dan testimonio de que, tanto la tarea de traducir como el ejercicio de la filosofía no pueden ser más que colectivos, nunca individuales.

Agradecemos a Livio Rossetti por permitirnos realizar esta traducción, la segunda referida a este autor luego de la publicación de *Parménides y Zenón. Sophoí en Elea*, por editorial Teseo (2019). Su generosidad y acompañamiento constante han permitido este viaje al corazón de la Antigüedad clásica, donde hemos disfrutado de la compañía de grandes pensadores.

Prólogo

Hace unos 2400 años los momentos finales de la vida de Sócrates sellaban un destino que perdura hasta hoy. *Convenciendo a Sócrates* da cuenta de estos últimos momentos. Livio Rossetti nos regala esta obra de teatro que funde la ficción y la historia, permitiéndonos recrear la intimidad en la cual Sócrates afronta imperturbablemente su final, mientras sus allegados intentan convencerlo de escapar. Esta teatralización se plasma con la maestría que caracteriza al autor, quien logra despertar la emoción y la angustia de un desenlace anticipado, un desenlace conocido, pero nuevo. Así, como en las tragedias griegas del período, donde los espectadores conocían los mitos representados, pero el tragediógrafo recreaba su versión, Livio recrea su propia versión de la historia y nos permite presenciarla una vez más y desde una óptica diferente.

¿Cómo se logra esto con una historia ya conocida? Se logra en el modo en que la historia se cuenta, en cómo es representada y retratada, de forma tal que recuerda lo viejo conocido, pero despierta la expectativa de aquello que sucederá en breve, y que tal vez se corresponde solo parcialmente con lo que todos saben. De allí el suspenso con el cual se construye un hermoso relato en el que esperamos que Sócrates escape de su suerte. Y puede que haya algo de esto, me permito señalar. El autor no se adentra en los momentos finales donde la cicuta se encuentra con el cuerpo de Sócrates, quizás por el hecho de que, insisto, el desenlace es conocido. Pero el final de la obra nos deja en suspenso, a la espera de algo que no es representado, como si todavía no fuera el momento. Tal vez esto sea el símbolo de un Sócrates que nunca muere.

La presente obra se estructura en tres escenas. La primera

refiere al proceso judicial llevado a cabo en contra de Sócrates, quien acusado de impiedad (*asébeia*) y de corromper a la juventud por parte de Meleto, Ánito y Licón es condenado a muerte. Livio representa la parte final del juicio, cuando Sócrates debe finalizar su deposición y escuchar el veredicto. A partir de esta representación, se ponen de manifiesto las estructuras que un proceso judicial de estas características debe tener: la modalidad de la votación, la forma de proceder ante una acusación de este tipo, las funciones de los protagonistas – los *dikastaí*, los *grammateís*, los *hypogrammateís*–, los elementos con los cuales se vota y se señala si el voto es positivo o negativo (*pséphoi*). Todo esto se detalla con precisión y rigor históricos, de forma tal que se le enseña al lector cómo los atenienses juzgaban a sus conciudadanos. Esta conjugación de ficción y fidelidad histórica, que tiene su testimonio en el apéndice final y que permite al lector situar contextualmente los acontecimientos, recorre toda la obra, evidenciando la sutileza que solo alguien con la experiencia de Livio puede construir de forma tan natural. Así, el autor fusiona en modo magistral estos componentes, dando cuenta de la síntesis filosófica y literaria que se pone en juego y permitiendo al lector disfrutar, asombrarse y aprender en un solo ejercicio de lectura.

Antes de finalizar esta primera escena hay otros dos elementos destacables. En primer lugar, luego de ser condenado a muerte, Sócrates intenta ridiculizar a sus acusadores, particularmente a Ánito, ya que nuestro protagonista lo ve como aquel que decide la condena. En efecto, resulta plausible considerar que el cargo nace por una disputa personal entre Sócrates y Ánito respecto de la educación del hijo de este último. Según Sócrates, este curtidor (personaje que cobró protagonismo político al final del siglo V, llegando a ser uno de las personas más influyentes de la ciudad) no sabe educar a su hijo en tanto quiere obligarlo a

dedicarse a la curtiembre. Livio deja en claro esta disputa haciendo alusión al hecho, un detalle no menor que el autor no pierde de vista al tener en cuenta el origen de las acusaciones.

En segundo lugar, al burlarse de sus acusadores, alguien le cuestiona a Sócrates cómo puede estar tan tranquilo. Sócrates responde: “Llevo una vida entera ejercitando el control de mí mismo, de decidir yo cómo quiero ser y que cosa quiero hacer. Y de hecho, no me gusta la típica historia, según la cual si uno se equivoca es porque los dioses se han entrometido. Así que si tuviese que llorar, lloraría por iniciativa propia, y esto querría decir que he decidido llorar”. Aquí, el autor muestra dos elementos claves que constituyen la actitud socrática: 1) el autodomínio (*enkráteia*) característico de Sócrates, eje principal a partir del cual se articula la virtud, y 2) la aparición de un giro antropológico: ya no intervienen los dioses, como podía ser entendido en la épica o la tragedia, sino que ahora, la actitud del hombre depende enteramente de sí, con independencia de las injerencias divinas. Sócrates decide cómo vivir. Así, Livio condensa en este pasaje dos elementos éticos centrales encarnados en Sócrates, paradigma de dicho giro antropológico.

La segunda escena, que oficia de transición entre el juicio y la tercera y última escena, transcurre en la casa de Critón donde Apolodoro, Adimanto, Platón y otros socráticos discuten sobre la posibilidad de convencer a Sócrates de exiliarse. Aquello que resuena de esta escena son las breves, pero influyentes intervenciones de Platón, quien, junto con Adimanto, son los únicos que están al tanto de la dificultad de convencer a Sócrates de tamaña empresa. Livio parece poner de manifiesto que es el discípulo más famoso de Sócrates, y su hermano, los que no olvidan la dificultad de ser adversarios de su maestro en el plano discursivo. Y es que, precisamente, Sócrates domina la palabra de modo tal que convencerlo de hacer lo que no quiere resulta imposible. Incluso, Platón indica

que “Sócrates está demasiado acostumbrado a hacer lo que piensa. ¿Acaso te escuchó alguna vez? ¿Acaso alguna vez te dio realmente la razón?”. Con este punto se interrelacionan tres aspectos específicos: el discurso, el pensamiento y la acción. Es así que Sócrates es un hombre que dice y hace lo que piensa, evidenciando la dificultad de poder convencer a alguien que es fiel a sus creencias de actuar en contra de ellas.

La conversación se ve interrumpida por la llegada de Esquines, el casi-mendigo, quien, confundido, ofrece media mina para pagar el *antitímema*. Discípulo de nuestro protagonista, el sobrenombre surge por la pobreza extrema en la cual vivía. Esta irrupción resulta importante ya que en la tercera escena Livio vuelve sobre la referencia a la pobreza de este socrático. Esquines, en uno de los encuentros con Sócrates tiempo atrás, habría dicho: “Sócrates, todos llegan trayéndote grandes regalos y yo no. Entonces lo he pensado y he llegado a esta conclusión: visto que no tengo nada que pueda darte, me entrego yo mismo, acepto volverme tu siervo”. A lo cual Sócrates responde: “¿Pero te das cuenta de que precisamente tú me estás haciendo el más grande de los regalos?”. Livio recupera este punto para destacar un elemento capital en las consideraciones socráticas sobre la riqueza, mostrándolo como testimonio del desinterés de Sócrates por las cosas materiales.

La tercera escena transcurre en la prisión y representa el intento de convencer a Sócrates, el fracaso de dicha empresa y un intercambio dialógico donde se presenta la posición socrática ante la muerte y la inmortalidad del alma. Luego de que Critón falle en convencer a Sócrates y de la aparición de Apolodoro y Fedón en escena, quienes comprenden que la situación se encuentra prácticamente zanjada, Sócrates adopta un tono solemne y aparece por primera vez una breve alusión al alma y su supervivencia al cuerpo. En efecto, para el protagonista de la obra, si existe un inframundo, entonces una parte de nosotros irá hacia allí y será reconocida como tal.

Claro está, una parte, no el todo, una sombra. Esto nos permite vislumbrar que algo es dejado atrás después de la muerte y algo pervive.

A partir de aquí, Fedón da inicio a las consideraciones sobre el Hades cuando dice estar: “convencido de que el Hades existe, que los dioses existen y que... que algo sucede cuando uno muere, no es que uno simplemente muere y basta”. Sócrates adhiere a la idea de Fedón e indica que “cuando uno muere, el cuerpo se apaga, pero quizás el alma, la *psyché* no...”. Aquí Livio retoma y amplía el indicio proporcionado antes y se da inicio a la parte constructiva de la posición socrática: sobrevive una parte, no el todo, el alma, no el cuerpo.

Sócrates continúa explicando que el alma sobrevive al cuerpo y que resulta constitutivamente diferente de este. Con la asistencia del hombre de la cicuta, ya que él posee el saber sobre cómo se muere y sobre los momentos finales, comienza a tomar forma esta idea. No siempre sucede del mismo modo, sino que “después de beber un poco, los pies no se sienten más y luego no se sienten tampoco las rodillas”. Así, Sócrates puede señalar que el alma sale del cuerpo, lo va abandonando comenzando por lo pies. Si este es el caso, quiere decir que el alma sobrevive, dejando el cuerpo de a poco.

En segundo lugar, se indica que el alma comanda y decide y el cuerpo espera las órdenes. Al escuchar esto, Fedón responde que entonces ellos no disfrutaban la compañía del cuerpo de Sócrates, puesto que Sócrates es otra cosa, no su materialidad, sino su alma, reforzando la idea de que algo muere y algo no, y si lo que muere es el cuerpo, entonces Sócrates no es el “pellejo” allí presente. De este modo, se concluye con una idea que retoma lo dicho al principio. El alma es distinta del cuerpo, mueve al cuerpo para que hable, cante, esculpa, genera el movimiento de la mano del escultor y decide el modelo. El cuerpo no sabe, no conoce: “¿nuestro cuerpo qué sabe de Homero o de la luna? ¿Sabe que hay una

luna? (...) En cambio, el alma en cierto sentido gira alrededor del cuerpo, habla con las otras almas (...) establece una ley, o enseña al cuerpo a escribir". Así, cuerpo y alma no son lo mismo, no funcionan de la misma manera y, por lo tanto, es lícito pensar que, siendo diferentes, el cuerpo muere, pero el alma no perece.

Cabe destacar que la exposición socrática se desarrolla con múltiples interrupciones ya que, de a momentos, todavía intentan convencer al protagonista de exiliarse. En este contexto, no resulta una coincidencia que Fedón sea el interlocutor que asiste en mayor medida a Sócrates e incita al resto a permanecer callados y escuchar lo que el maestro tiene para decir, recuperando el desarrollo de la conversación en numerosas ocasiones. Y es que en *Convenciendo*, el oriundo de Elis representa una posición antropológica que tiene relación con la planteada por Sócrates respecto de la inmortalidad del alma y las consideraciones sobre el cuerpo. En esta línea, se puede inferir el interés de Fedón de escuchar la exposición socrática sin interrupciones.

La maestría con que Livio plasma estas ideas no solo es el resultado de una escritura refinada y sutil, sino también de la trayectoria del autor, quien ha sabido revalorizar los estudios socráticos, en especial, la figura de Sócrates y el fenómeno del diálogo socrático. Esto se reconoce en los matices dados a la actitud de un Sócrates testarudo que rechaza traicionar sus convicciones, con notas de ironía y un toque de humor, con seriedad y con intercambios y respuestas que uno encuentra extrañamente familiares con grata sorpresa. Esta tarea no resulta fácil, ya que Sócrates es una figura polifacética y compleja. Testimonio de esto son las múltiples versiones de él que nos transmiten los diálogos socráticos. Así, haciendo lo mismo que los socráticos, Livio nos presenta su versión de Sócrates, su versión de un pequeño, pero eterno momento de la historia, en lo que puede definirse como un diálogo socrático

del siglo XXI. De modo que, la familiaridad con la cual nuestro protagonista se nos revela da testimonio de la habilidad de Livio de representarlo como lo imaginamos, con todos los matices que hacen de Sócrates una figura fascinante e inolvidable.

La prueba de la inmortalidad se plasma en esta obra, dándole la razón a la “testarudez” de Sócrates, quien se niega a evadir la cicuta y perecer. Desaparecer físicamente no implica la desaparición completa para el padre totémico de la filosofía. Convencer a Sócrates de lo contrario sería convencerlo de perder su destino. Como el autor señala, Sócrates sabe vivir mejor que el tiempo de vida física que podría ganar evadiendo la cicuta. Y en efecto, Sócrates sabe vivir mejor. Prueba de esto es la inmortalidad que efectivamente ha logrado, puesto que hoy, 2400 años después, sigue vivo y tiene, como siempre, algo más para decirnos.

Alejandro Mauro Gutiérrez

Diciembre de 2020

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

A nuestro hijo Francesco
y a la memoria de François Roustang (1923-2016)

Personajes

- Sócrates, de unos setenta años, baja estatura, feo y panzón.
- Jantipa, su esposa, de unos cincuenta años, bastante elegante.
- Lamprocles, su hijo mayor, veinteañero.
- El arconte *basileús*.
- El *grammateús*, dos *hypogrammateús* y otros jueces populares.
- Meleto y Licón, de unos treinta años, Ánito, de unos cincuenta años (los acusadores).
- Antemión, primogénito de Ánito.
- Critón, pudiente, de unos setenta años.
- Apolodoro, de unos cuarenta años.
- Fedón, de unos treinta años, con unos largos rizos muy cuidados.
- Adimanto, pudiente, de unos cuarenta años.
- Platón, pudiente, de unos treinta años.
- Lisias, pudiente, de unos cincuenta años.
- Esquines, pobre, de unos cuarenta años.
- El hombre de la cicuta, sirviente de unos setenta años.

Escena I

Sobre una mesa puesta de lado están las pinákia repartidas en diez grupos con las letras A, B, C, etc., dos sacos visiblemente llenos de óbolos (monedas de bronce) y los dos recipientes que forman la clepsidra de agua. Dos sirvientes.

En el suelo hay cuatro cestas grandes, dos de las cuales están marcadas por una llamativa franja de pintura blanca.

SÓCRATES. —... estoy por terminar. Imagino que el reloj ya se está por vaciar y por lo tanto concluyo.

Ándres dikastaí, se bien que entre ustedes hay quien, al escucharme, se inclinó a darme un voto de absolución. Pero está también quien, a pesar de todo, se inclinó a votar mi condena. Y quizás, llegados a este punto, algunos de ustedes esperan que yo empiece a suplicar, trayendo a mis tres hijos junto a mi esposa, a mis parientes y a mis amigos para que digan “les suplicamos absolver a Sócrates, es nuestro padre, es nuestro marido, es nuestro hermano, ha sido nuestro maestro. Queremos que Sócrates continúe su vida pacíficamente junto a nosotros. Absuélvano.” Esperan esto, ¿verdad? Porque casi todos suplican. Aun así, Sócrates no lo hará. (*Pausa*).

Apuesto que alguno de ustedes se sentirá incluso molesto por esto. Pero piénsenlo un momento: si yo ahora comenzara a suplicar, demostraría pensar que ustedes pueden cambiar de parecer con muy poco, ¿no? En tal caso, demostraría no tener estima por ustedes. No, Sócrates no piensa eso de ustedes. Ustedes han jurado dictaminar rectamente, han escuchado con atención a Meleto y a Sócrates y se hicieron una opinión sobre mí; si soy un ateniense socialmente peligroso o bien una

persona de bien como ustedes; si soy alguien que corrompe a los jóvenes o uno que, al contrario, les da una mano; si soy alguien que no cree en los dioses de la ciudad o alguien que cumple con su deber. Les diré más; si les suplicase o le pidiera a algún otro que suplicase, de hecho, les estaría pidiendo que no cumplan con el juramento de *dikastaí*, y con eso demostraría...

ENCARGADO. —Clepsidra, *kýrie basileús*.

ARCONTE *BASILEÚS*. —Ciudadano Sócrates, ¿escuchaste? Ahora basta. Siéntate.

SÓCRATES. —Está bien, *kýrie basileús*. Pero al menos quisiera terminar la frase.

ARCONTE *BASILEÚS*. —No, Sócrates, ya hemos comprendido. Y han comprendido también los *dikastaí*. Cuando el encargado dice “clepsidra”, basta. La regla es que no se diga una palabra más. Ahora, entonces, siéntate en silencio.

Ándres *dikastaí*, ahora que ha hablado también el imputado, es el turno de los jueces de votar. Con sus votos ustedes decidirán si Sócrates es culpable, como dice Meleto, o inocente, como acaban de escuchar y como sostiene Sócrates mismo. Por esto, como es usual, cada uno de ustedes tomará dos *pséphoi* y meterán una en cada cesta. La cesta con la tira blanca es la que cuenta. Entonces, meter una *pséphos* llena o vacía en la cesta normal no produce ningún efecto, mientras que las *pséphoi* que metan en la cesta con la tira blanca tienen un gran poder: absolución o condena. ¿Entendido?

Como es común, la *pséphos* vacía indica CONDENA, mientras que la *pséphos* llena indica ABSOLUCIÓN. Por esto, presten mucha atención. La que cuenta es la *pséphos* que meten en la cesta con la tira blanca, ¿entendido? Repito: *pséphos* vacía =

condena; *pséphos* llena = absolución. *Grammateús*, las dos cestas están listas. Llama a algunos jueces y hazlos preparar las *pséphoi*.

GRAMMATEÚS. —Sí, *kýrie basileús*.

(a los jueces) Entonces ahora necesito cinco *dikastaí*. Quien quiera venir que se ponga de pie. (*uno se pone de pie*) Tú, muy bien. (*otro*) Tú, bien. (*otros tres*) Tú y ustedes dos, muy bien. Estamos listos.

Vengan aquí. Metan todas las *pséphoi* en esta gran mesa, y atentos, que no se les caigan al suelo. Ustedes cuatro observen atentamente a los *dikastaí* mientras votan, de modo que todo se desarrolle según las reglas. Dos de este lado y dos de este otro. Cuando vean que algún *dikastés* está indeciso, lo vuelven a enviar hacia el fondo de la fila, así puede aclarar mejor las ideas. Y si alguno no sostiene las dos *pséphoi* con los dedos en el lugar correcto, sin cubrir bien estos dos puntos, lo vuelven a enviar hacia el fondo de la fila; votará después. ¿Entendido?

ARCONTE BASILEÚS. —(a los jueces en general) Entonces, ¿están listos? *Ándres dikastaí*, cada uno de ustedes viene y toma dos *pséphoi* de esta mesa, las cubre con dos dedos, de esta manera, y se acerca a las cestas. La cesta con la tira blanca es la del voto válido, y aquí se decide sobre una condena grave. Entonces, atentos a no equivocarse. Como saben, deben hacerlo de modo que tengan en la mano correcta la *pséphoi* que expresa su voto, de tal forma que, cuando estén delante de las cestas, puedan hacer así: \longleftrightarrow soltando una *pséphos* aquí y una allá. ¿Entendido? Entonces ahora levántense de los bancos en silencio y esperen mi golpe de martillo para comenzar a tomar sus *pséphoi* y votar. Mientras tanto les repito: *pséphos* vacía = condena; *pséphos* llena = absolución.

(*Golpe de martillo contra un pequeño bloque de mármol. Acción.*)
Vamos, dense prisa, *ándres dikastaí*. Con orden y atención.

Y ustedes dos, ciudadanos Sócrates y Meleto, bocas cerradas y quietos con las manos y los ojos. No me hagan enojar.

AMBOS. —Está bien, *basileús*.

(*Se vota. La operación requiere tiempo*)

ARCONTE *BASILEÚS*. —*Ándres dikastaí*, apúrense por favor ¡Silencio! Los comentarios los hacen afuera. Silencio también ustedes (*dirigido a las partes, cada una con sus amigos*) ¡*Grammateús*!

GRAMMATEÚS. —Sí, *kýrie basileús*.

(*Mirando a los cinco que se habían ofrecido*) Bien, han votado todos excepto ustedes cinco. Vayan a votar ustedes también. Ahora, mientras ustedes, *ándres dikastaí*, vuelven a sus bancos, estos conciudadanos suyos volcarán la cesta con los votos válidos sobre la mesa. Saben cómo se hace, ¿verdad? Ustedes dos sacan una *pséphos* a la vez, se la dan a él, que se la da a aquel que lo leerá en voz alta, es decir, a ti; ¿cómo te llamas?

EL *DIKASTÉS*. —Agláion, *kýrie grammateús*.

GRAMMATEÚS. —Y atentos, para estar seguros de que Agláion diga la verdad: VACÍA si está vacía y LLENA si está llena. Agláion, tú dices solo VACÍA o LLENA. Y tú, el quinto, mientras tomas de Agláion las *pséphoi* para guardarlas, mantente igualmente atento. También ustedes, *hypogrammateís*, deben prestar mucha atención: si escuchas decir VACÍA, ocúpate tú de hacer una marca en tu gran tabla (esa que dice CONDENAR), si escuchas decir LLENA, encárgate de colocar una marca sobre aquella con la inscripción ABSUELTO. Y atentos a no equivocarse. Atentos, también, a que no se les caigan las *pséphoi* al suelo.

ARCONTE *BASILEÚS*. —¿Están todos listos?

LOS CINCO *DIKASTAÍ* Y LOS DOS *HYPOGRAMMATEÎS*. —Sí, *kýrie basileús*...

ARCONTE *BASILEÚS*. —Entonces, comiencen a sacar las *pséphoi* válidas de la primera cesta con la cinta blanca. Y tu marca los votos de condena y tú, los votos de absolución. Por favor, la máxima precisión.

(Mientras las pséphoi pasan de mano en mano, los dos hypogrammateîs trazan las marcas bien visibles sobre las pizarras pertinentes. Tienen un palo impregnado de tinta y por momentos hacen una pausa para entintar de nuevo el palo. El recuento de los votos tiene lugar)

ARCONTE *BASILEÚS*. —Ahora, *grammateús*, ¿cuál es el resultado de la votación?

GRAMMATEÚS. —Denme las tablas con el total de las votaciones. *(Las toma y luego dice en voz baja:)*

Kýrie basileús, veo que en la tabla CONDENAR hay marcados doscientos ochenta votos, y aquí (toma la otra tabla) doscientos veinte votos. *(Le da las dos tablas al arconte).*

ARCONTE *BASILEÚS*. —Dame eso. *(Controla)*

Muy bien, *ándres dikastaí*: siéntense en orden. Ahora, les comunico el resultado de la votación aunque muchos de ustedes ya lo han escuchado. Y hagan silencio. Ustedes, *ándres dikastaí*, con sus votos, han decidido que el ciudadano Sócrates es culpable. En conclusión, han condenado al ciudadano Sócrates.

Grammateús, ¿has registrado el resultado de la votación? *(hace*

seña de que sí)

(Murmullo; mientras tanto la gente se acerca a Sócrates. En voz alta:)

Conciudadanos, todos de pie. Ciudadano Sócrates, hijo de Sofronisco, del *dêmos* de Alopece, escucha: Meleto te acusó públicamente y ahora doscientos ochenta *dikastaí* atenienses te han declarado culpable, mientras que doscientos veinte te han declarado no culpable. Por lo tanto, el pueblo de Atenas te ha condenado.

Esto fue decidido por todos.

(Pausa. El arconte se sienta y todos se sientan)

Ahora, como sabes, tú, ciudadano Sócrates, estás autorizado a proponer a estos jurados una pena distinta de la pena de muerte que fue propuesta por Meleto. Haz, entonces, tu *antitímema*, la contrapropuesta, y preséntala en voz alta a los *dikastaí* aquí presentes. Cuando hayas presentado la *antitímema* con un breve discurso (he dicho: breve), yo les pediré a los *dikastaí* que voten por segunda vez y ellos elegirán. Podrán confirmar la condena a muerte o aprobar tu *antitímema*. ¿Entendido? ¿Sí? Ahora, habla.

(Silencio prolongado, mientras los amigos de Sócrates hablan entre ellos y con él muy apretados. Mientras tanto:)

GRAMMATEÚS. —(a los cinco que se habían ofrecido) Ahora ustedes cinco pueden volver a sus bancos.

ARCONTE BASILEÚS. —Entonces, ciudadano Sócrates, habla y presenta tu *antitímema*.

SÓCRATES. —Muy bien, *kýrie basileús*.

Ándres *dikastaí*, si están prácticos con estos procesos, saben bien cuán desorientado se puede estar para decir algo a quienes te acaban de condenar, tal vez a muerte. Yo les tendría que proponer una condena un poco más ligera, que les pueda

parecer más justa que la condena a muerte y, así, lograr que muchos de ustedes voten por mi propuesta. Por lo tanto, les debería hacer una propuesta que, seguramente, ustedes deberían preferir antes que la condena a muerte pedida por Ánito.

ARCONTE *BASILEÚS*. —No, por Meleto.

SÓCRATES. —Claro, pedida por Meleto, pero decidida por Ánito (*murmillos, el arconte se agita*). Está bien, está bien... Sin embargo, saben bien que hacer una propuesta como esa no es una broma.

Quizás muchos de ustedes piensan que una condena, aunque sea exagerada, sigue siendo admisible, pero no la pena de muerte, porque, ¡vamos!, Sócrates no es un delincuente, ni siquiera es exactamente un gran peligro para la ciudad de Atenas. Meleto, Licón y Ánito les han hablado muy mal de mí, pero en definitiva ¿han logrado explicarles por qué soy un peligroso criminal? ¿Les han dicho que he estrangulado, sofocado, envenenado, degollado a alguien? Meleto, Licón y Ánito, se los debo decir finalmente: ¿dónde están las grandes culpas que justifican la pena de muerte? ¡Sin embargo, han pedido la pena de muerte y ellos recién han aprobado la petición!

MELETO. —*Kýrie basileús...*

ARCONTE *BASILEÚS*. —¡Ciudadano Sócrates!

SÓCRATES. —Muy bien, *kýrie basileús*, no insisto. Pero, *ándres dikastaí*, ¿les quedó claro cómo vivo yo? Yo merodeo cerca de aquí, habitualmente en el ágora, hablo con muchas personas y a menudo las interrogo. Es verdad que cada tanto, entre las personas que hablan conmigo, hay alguno que se irrita, que no

lo apreciaba. Pero muchos otros están contentos de entretenerse hablando conmigo, incluso si les demuestro que están en desacuerdo con ellos mismos y los hago sufrir. Ahora bien, eso es poca cosa, no es una conducta criminal, y mucho menos se condena a muerte a la gente por tan poco. ¿Sí o no?

Digo esto porque en verdad no sé qué *antitímema* debería proponer para que se someta a votación. Ahora les diré lo que en verdad pienso y les rezo que me escuchen sin hacer alboroto. Yo me considero una persona de bien, un ciudadano muy útil para la *pólis* de Atenas, y por esto se me ocurre que podría pedir, por el contrario, un premio, por ejemplo, la comida gratuita en nuestro *thólos*, junto con los Pritanos y con los representantes de las ciudades extranjeras.

(Estruendo, alboroto)

SILENCIO, por favor. No digo que les haré esta propuesta, entiendo bien que no la podrían tolerar y más de uno se sentiría burlado por mí. Por lo tanto, no les propongo eso, pero pienso igualmente que la ciudad de Atenas haría mejor en honrarme que en condenarme.

Tampoco les propongo esto por otra razón, porque aquí están ellos, mis fieles, quienes no quieren en absoluto que lo haga. Ya habrán comprendido que ellos ya se pusieron de acuerdo para ofrecer una bella cantidad de plata para poner en el plato de la balanza. Quieren que yo les proponga en lugar de la condena a muerte, y en lugar de la comida gratuita al *Prytanéion*, una multa. Y no una pequeña multa. Están listos para pagar, y mucho. Treinta minas de plata, me han dicho. ¡Piensen! Es una gran suma, una gran cantidad de plata de la mejor calidad. Ellos me insistieron mucho. Dicen que, si no aceptase ni siquiera eso, querría decir que no me importa nada la reputación de ellos. Critón, luego, quiso hacerme pedir el exilio, pero los otros no, porque me quieren vivo y aquí en Atenas. Por eso insistieron en proponer una multa tan grande. Sepan que tienen ya preparada toda la plata necesaria.

¿Entonces, yo qué puedo hacer, *ándres dikastaí*? Les repito que, si fuera por mí, pensaría no en una multa, sino en un premio, porque, ¡por el perro! ¿También a tu hijo, ciudadano Ánito, le he hecho daño? Antemión no soportaba estar en la fábrica vigilando a los esclavos mientras fabricaban las sandalias, las vendían y compraban el cuero, ni vigilar a aquellos que preparaban las pieles y las ponían a pudrirse en el río (*se toca la nariz: mal olor; alguien se ríe*). No, tu hijo Antemión quería venir al teatro, leer libros y unirse al círculo de aquellos que pasan el tiempo conmigo, pero tú gritaste, amenazaste, lo obligaste a estar en la fábrica. ¿Viste con qué resultado, Ánito? ¿Y ahora me haces la guerra? Debes hacerla contigo mismo, ¡por el perro!

(*Estruendo*)

MELETO. —*Kýrie basileús...*

ARCONTE *BASILEUS*. —¡Ciudadano Sócrates, te ordeno que concluyas!

SÓCRATES. —De acuerdo, *ándres dikastaí*. Es que esta idea de la multa no me agrada, porque pienso que yo no merezco ninguna multa en realidad. Pero de acuerdo, multa. Multa de... Entonces, amigos míos, ¿cuánto digo? Porque después, si los *dikastaí* aceptan (*alboroto*) serán ustedes los que deberán pagar en nombre mío. Por lo tanto, es necesario que me den una certeza.

CRITÓN. —Sócrates, ponemos a tu disposición treinta minas de plata e incluso más. Yo lo garantizo.

SÓCRATES. —De acuerdo. *Ándres dikastaí*, este es mi generoso *antitímema*: treinta minas de plata a cambio de la condena a

muerte. Comprenden ustedes... (*alboroto*).

ARCONTE *BASILEÚS*. —Silencio, *ándres dikastaí*.

SÓCRATES. —Repito: ¿comprenden ustedes que la mía es una contrapropuesta generosa? (*alboroto, Sócrates alza la voz*). Por el perro, no hice hundir una nave con toda la carga, no he envenenado los pozos de agua, no he ahogado a ninguno y nadie me ha escuchado gritar que los dioses olímpicos no existen. No fui yo quien les dijo que, quien envía los rayos sobre el templo de Poseidón, en el Cabo de Sunión, no es Zeus sino las nubes, porque —dice alguno— Zeus sin nubes no puede enviar ningún rayo. Quien lo dijo no fui yo sino un poeta, Aristófanes. Y su comedia se puede comprar por pocos dracmas en el ágora. Vayan a leerla si no la recuerdan bien. En realidad, incluso mi difunto amigo Eurípides ha dicho, algunas veces, cosas de este tipo, ¡pero no Sócrates! (*alboroto*) Insisto, por lo tanto, que treinta minas de plata es mucho, incluso es demasiado, ¡pero da lo mismo! Éste es entonces mi *antitímema*, *kýrie basileús*: en vez de la pena de muerte pedida por Meleto (*mirada provocativa a Ánito*), propongo una multa de treinta minas de plata.

ÁNITO. —(*gesticula*)

ARCONTE *BASILEÚS*. —*Grammateús*, proceda.

GRAMMATEÚS. —Sí, *kýrie basileús*.

Ándres dikastaí, han escuchado, ¿verdad? Ahora votarán nuevamente.

Ahora se trata de escoger entre la pena de muerte, que es el *tímema* elegido por los acusadores, y la multa de treinta minas que constituye el *antitímema* propuesto por Sócrates.

Se necesitan otros cinco *dikastaí*, no aquellos que votaron antes.

Bien, bien, bien, bien y bien. ¿Quién dirá VACÍA o LLENA? ¿Tú? Bien. ¿Quién saca las *pséphoi*? ¿Ustedes dos? Bien. Saben qué hacer, ¿verdad? Y ustedes, *hypogrammateîs*, ¿han agarrado las nuevas tablillas con el escrito *TÍMEMA* y *ANTITÍMEMA*? Muestren. Atención al anotar los nuevos votos, háganlo con la máxima precisión, ¿de acuerdo?

Ándres dikastaí, presten atención: si en la cesta blanca colocan el cilindro vacío querrá decir que Sócrates será condenado a la pena de muerte. Al contrario, si colocan las *pséphoi* con el cilindro lleno querrá decir que Sócrates será condenado a pagar una multa de treinta minas de plata. ¿Está claro?

Ahora adelante, vengan a votar por segunda vez y presten mucha atención. Repito: el cilindro vacío significa pena de muerte, el cilindro lleno significa que la condena es el pago de una multa (*acción*).

Ándres dikastaí, apúrense por favor.

(tiempo técnico. Se vota)

GRAMMATEÚS. —Bien, ya han votado todos. Mientras vuelven a sus bancos, ustedes cinco hagan como antes: vuelquen las dos cestas con los votos válidos sobre estas mesas. Y atentos, que no se caigan las *pséphoi* al piso.

(Mientras los encargados proceden al conteo, los dos hypogrammateîs hacen uso de las habituales tablillas. En una se lee la leyenda TÍMEMA y en la otra ANTITÍMEMA. Tienen una vara impregnada de tinta y a veces tienen que esperar porque se debe impregnar nuevamente la vara.

Mientras tanto, poco a poco, los amigos de Sócrates y parte de los dikastaí, escuchando cómo son los votos emitidos, empiezan a agitarse)

ARCONTE BASILEÚS. —Entonces, *grammateús*, comuníquenos

el resultado.

GRAMMATEÚS. —(*Se hace con las dos grandes tablillas de los hypogrammateîs*)

Aquí está, *kýrie basileús*. En la tablilla *TÍMEMA* están anotados 360 votos; en la tablilla *ANTITÍMEMA* 140. (*Entrega las tablillas*).

ARCONTE *BASILEÚS*. —(*de pie y en voz alta*) Dámelas. (*Controla*) Bien, *ándres dikastaí*: vuelvan a sentarse en orden y en silencio. Ahora les comunico el resultado de la votación. Y hagan silencio. ¡Ustedes, *ándres dikastaí*, con sus votos han decidido que el ciudadano Sócrates, hijo de Sofronisco, del *dêmos* de Alopece, sea condenado a la pena de muerte como solicitó en su momento el acusador Meleto! (*ruido mientras se sientan*) ¿Han escuchado bien todos?

CRITÓN. — (*con su vozarrón*) ¿Contento, ciudadano Ánito?

ÁNITO. —¡Por favor, Critón!

ARCONTE *BASILEÚS*. —*Ándres dikastaí*, ustedes han emitido la sentencia en nombre de los Atenienses y ahora pueden regresar a sus casas. No se olviden de volver a tomar sus *pinákion*. Mientras tanto los dos *hypogrammateîs* están listos para dar a cada uno los tres óbolos^[1] previstos.

(*Los dos hypogrammateîs sacan la bolsa con los óbolos y comienzan la distribución. Los dikastaí se levantan para tomar el pinákion y dinero para después irse. Aglomeración*)

VOCES. —¿Pero dónde está mi *pinákion*?

Ah, mira, este es el tuyo.

Oh, lo encontraste, menos mal. Algunas veces es muy difícil

encontrarlo.

Te saludo.

SÓCRATES. —Ciudadanos de Atenas, deténganse un momento, por favor. Ahora que me han condenado, han satisfecho a Ánito. (*Murmullo*)

DIKASTAÍ. —¡Pero no, has sido tú con la propuesta de ir a comer con los Pritanos el que se ha hecho condenar! No porque has propuesto una multa de treinta minas sino porque nos ofendiste, porque te has reído de nosotros.

SÓCRATES. —Y tú, Meleto... (*todos se giran para buscarlo*) ¿Pero dónde está? ¿Es verdad que Meleto ya se ha ido? ¿Dónde se ha ido? ¿Quizás a beber, contento de haberme hecho condenar a muerte? (*ecos*) ¿Y Licón? ¿También él se fue a beber? ¡Qué acusadores! Pero hay que decirlo: quien me quería y me quiere muerto no son aquellos dos, es otro. Poderoso Ánito, ¿dónde estás? (*en voz alta*) Dale mi saludo a Antemión.

DIKASTÉS. —¿Pero cómo, Sócrates, sabes que pronto morirás y todavía intentas ridiculizar a quien te ha hecho condenar?

SÓCRATES. —Amigo mío, ¿sabes por qué no me siento preso del terror? ¿Por qué no me pongo a llorar y gritar? Llevo una vida entera ejercitando el control de mí mismo, de decidir yo cómo quiero ser y qué cosa quiero hacer. Y de hecho, no me gusta la típica historia, según la cual si uno se equivoca es porque los dioses se han entrometido. Así que si tuviese que llorar, lloraría por iniciativa propia, y esto querría decir que he decidido llorar. Pero hoy mi decisión es otra: he decidido no llorar mi suerte, voy a permanecer sereno y sé hacerlo. Esta condena para mí es como cuando uno está muy enfermo. Si te vienen ganas de vomitar, ¿te pones a llorar? No, vomitas y

listo. ¿Deberías pensar que es el gran Zeus que se ha enfadado contigo? ¡Pero no! Zeus ni siquiera se entera que esta noche has vomitado. ¿Y sabe que hace un momento ustedes me han condenado a muerte? No es seguro...

DIKASTAÍ. —¿Entonces?

SÓCRATES. —Entonces si debo morir moriré, pero decido yo cómo vivir hasta ese día, ¿entendido?

(Mientras tanto los diskastaí continúan desalojando el lugar, el grammateús se dedica a terminar el acta del juicio y los hypogrammateïs se ocupan de las pséphoi, las cestas y el reloj de arena. Mientras tanto:)

DIKASTAÍ. —¿Y después?

SÓCRATES. —¡Qué pregunta! ¿Tú sabes cómo es después? Es como cuando vamos a la guerra y no sabes qué te sucederá, si lograrás regresar vivo o si morirás en el campo de batalla. ¿Piensas que lo sabes al momento de partir? No, lo descubres al final.

FEDÓN. —*(molesto)* Sócrates, explícame, hazme comprender algo a mí también.

CRITÓN. —Amigos míos, este no es momento de discutir sobre esto. Aquí hay que ver el modo de salvarle la vida a este imprudente amigo nuestro. Porque, por el perro (como dice él), podría haber sido más prudente. ¡Todo lo contrario, se pone a provocar a Ánito!

SÓCRATES. —Escucha, Critón. Cuando se parte a la guerra, todos saben que algunos no regresarán vivos a sus casas. Y sin

embargo se parte, y nosotros hoplitas tal vez no cantamos en voz alta aquella especie de canto de guerra llamado peán, aunque lo sabemos...

1. Moneda griega de plata [N. de T.]. ↗

Escena II

(Ahora estamos en la lujosa casa de Critón)

CRITÓN. —Bah, yo tendría una solución, lo saben.

ADIMANTO. —Pero sí, es como dices tú, Critón, hay poco para elegir. Ya nos hizo quedar mal, como buenos para nada.

APOLODORO. —¿En qué sentido?

ADIMANTO. —¿No lo entiendes? Haciéndose condenar delante de todos nosotros. Eso yo no se lo perdono. Apolodoro, ¿te parece que nosotros tuvimos que quedarnos allí para ver a Ánito conducir el juicio y no hacer nada de nada porque Sócrates no quería? ¿Te parece que a los ojos de aquellos quinientos *dikastaí* alborotados nosotros no contamos en absoluto? Yo no lo soporto, y no creo ser el único.

APOLODORO. —Es cierto que él se complicó la vida solo. ¿Recuerdas lo que dijo al final? Él decide si gritar o llorar porque ha sido condenado a muerte. ¿Y qué creen que decidirá ahora sobre el exilio? Nosotros podemos insistir cuanto queramos, pero él con esa cabeza dura que tiene...

CRITÓN. —Ah, pero yo intentaré meterle la idea a la fuerza. ¡Yo soy más cabeza dura que él!

APOLODORO. —¡Pero por Heracles! Ahora voy a la prisión y levanto la voz.

ADIMANTO. —Entonces no lo conocen. Empeorarían la situación.

PLATÓN. —Miren que mi hermano ha entendido bien la situación. Adimanto (y no solo él) sabe bien como razona nuestro Mentor. Me gustaría equivocarme, pero para mí él no querrá escapar de la prisión. Y yo ya me siento mal por eso.

ADIMANTO. —Hermanito mío, ¿Pero entonces qué podemos hacer para convencerlo?

PLATÓN. —Hermano mayor, sabes cómo es Sócrates. Él está hecho a la medida para desalentarnos. Si le decimos que esta vez nos ha hecho pasar por buenos para nada es capaz de decir que no debemos ser esclavos de la gente que vocifera. Mientras tanto fue la gente que vocifera la que ganó: la gente terminó condenándolo, incluso a muerte. Pero, ¿te das cuenta que incluso después de la segunda votación él estaba con muchas ganas de desafiar a Ánito? Parece templado y dócil pero es un guerrero. Quizás un guerrero de las palabras, las sabe usar como si fuesen armas. Y no deja nunca de usarlas, por desgracia.

CRITÓN. —(*bufando*) Pero si lo pensamos así, ¿qué ganamos? Escuchen, amigos, yo los hice venir para hacer algo, no para hablar de cómo es nuestro amigo. Yo digo que él es como es, pero nosotros somos distintos y nos avergonzamos por cómo han ido las cosas hasta ahora. Las cosas van como quieres que vayan, pero nosotros contamos para algo y yo no quiero llegar de ninguna manera a la terrible cicuta.

APOLODORO. —Y hasta ahora estamos de acuerdo. ¡Faltaría más! Pero ¿qué se puede hacer?

CRITÓN. —Querido Apolodoro, ¿imaginas por qué los he mandado a llamar?

APOLODORO. —Bueno, sí, pero solo a grandes rasgos.

CRITÓN. —Comprendo, querido Apolodoro. Esto es algo que se debe organizar con cuidado, pero muy, muy rápidamente, de hecho... (*solemne*) ustedes están aquí porque hay novedades, ¡y qué novedades!

TODOS. —¿Cuáles?

CRITÓN. —Hoy estaba comiendo y llegó uno de mis jóvenes, el que había enviado al Cabo de Sunión. Bien, esta mañana él ha visto una nave a la distancia y está seguro de haberla reconocido. Por lo tanto la nave sagrada llega al Pireo mañana por la mañana. ¿Entendido? (*algunos oh*) Por eso están aquí. Y debemos llegar rápidamente a una conclusión y decidir qué haremos entre esta noche y mañana por la noche. ¿Entendido? Aquí tenemos que apurarnos y tenemos que ser concretos, ponernos de acuerdo y decidir. Sobre todo porque el mendigo llegará pronto.

PLATÓN. —(*mostrando malestar*) ¿Quién? ¿Esquines?

CRITÓN. —Claro, querido Platón. ¿Podía dejarlo afuera? No obstante le he hecho saber que nos íbamos a reunir más tarde porque tú y Apolodoro tenían a los albañiles en casa (realmente te hacen un pozo nuevo, pero en el campo, por lo que no están trabajando dentro de tu casa, ¿verdad?) y antes de venir aquí tenían que ir a mirar algunas cosas, decidir y dar órdenes a los albañiles. Ya sabes, cuando llega el mendigo ya no se puede razonar como es necesario, hablar de lo que se puede hacer y

tomar una decisión. Por Heracles, eso ustedes lo saben, ¿no? Tenemos suerte si, con la preocupación y el nerviosismo que reinan ahí fuera, algún otro de los nuestros no se nos une por su propia iniciativa.

PLATÓN. —Claro, Critón, tienes razón. Continúa.

APOLODORO. —Y ni hablar de que tenía ganas de decir unas cuantas cosas sobre ese Ánito de tal modo que ni siquiera él hubiera querido llegar a la pena de muerte, pero está bien, entiendo que no es el momento. Así que pensemos en lo que se puede hacer. Tesalia, ¿verdad? Querido Critón, ¿cómo piensas hacer con los de Tesalia? ¿Vas a poder involucrarlos? Porque creo que esta es la esencia de tu plan.

CRITÓN. —Exactamente. Con ellos intercambiamos favores durante diez años o más y nunca nos peleamos. Ellos envían aquí el trigo, yo lo compro y lo revendo. Y tal vez no sepas que desde hace unos años se lo compro todo. Aquí casi siempre hay alguien que quiera un poco más.

APOLODORO. —Ah, ya veo. Entonces si les dices: “por favor, él es como un hermano para mí”, ¿estás seguro de que lo tratarán con consideración?

CRITÓN. —Exactamente, Apolodoro, eso es lo que espero de ellos. Y puedo confiar, puedo contar con eso. Sin embargo, también conozco a los de la nave, mejor dicho, a los de las naves que traen el trigo al puerto del Pireo, y me informaron que una de esas naves zarpará dentro de unos días para dirigirse a Yolco (saben dónde queda Yolco, ¿verdad?), de hecho, ya han comenzado a cargar las ánforas de aceite y no sé qué otros artículos de lujo.

APOLODORO. —Es la oportunidad perfecta entonces. Entre los productos que se exportan a Tesalia esta vez estará también nuestro Sócrates. Y todavía no les mencioné que mi hermano conoce muy bien al jefe de los Once, incluso le ha hecho algunos favores. Así que le he dicho que esté listo para hablar con él y ya fue a decirle que, si decidimos organizar el exilio, necesitaremos imperiosamente de su colaboración. Ahora vuelvo a hablar con mi hermano para que podamos entrar en acción. De solo pensarlo me siento aliviado.

ADIMANTO. —¿Y nosotros no? Por supuesto, también contribuiremos al regalo que le haremos a este jefe de los Once.

CRITÓN. —No cambiemos de tema. En resumen, ¿qué les parece esta idea de llevarlo a Tesalia? ¿Seguimos así? ¿A ti qué te parece, Platón?

PLATÓN. —(*inquieto mientras camina de aquí para allá*) Entonces supongamos: la nave está lista, los Once están un poco distraídos por la orden de este amigo del hermano de Apolodoro, vamos a buscar a Sócrates y, una vez que estamos allí, le pedimos que salga de la cárcel con nosotros y lo hace porque nos tiene confianza... ¿y luego? Y luego lo tomamos del brazo, lo hacemos dar treinta pasos casi corriendo y, por la fuerza tal vez, lo hacemos subir al carro que nos llevará al Pireo, y tal vez llega al Pireo. Pero ¿a ustedes les parece que luego se bajará del carro y dócilmente subirá solo a la nave y encima permanecerá bien oculto hasta que la nave zarpe? Yo no. No me lo puedo creer. Otro sí, pero Sócrates no. Sócrates está demasiado acostumbrado a hacer lo que piensa. ¿Acaso te escuchó alguna vez? ¿Acaso alguna vez te dio realmente la razón?

CRITÓN. —¡Qué problema! Vamos, piensen y encontremos una

solución efectiva.

APOLODORO. —Entonces hay que explicarle muy, pero muy bien lo que queremos que haga.

CRITÓN. —Claro... No hay nada más difícil que convencer a alguien como él. ¿No escuchaste lo que dijo Platón hace un momento?

SIRVIENTE. —(*a Critón, en voz baja*) Llegó Esquines, ¿qué hago?

CRITÓN. —Sí, sí, puede entrar, que venga.

ESQUINES. —Hola, ilustres atenienses (*Saludos*). Querido Critón, ¿está bien si mi media mina te la traigo mañana?

CRITÓN. —(*sonriendo*) ¿Media mina, Esquines? ¿Y por qué?

ESQUINES. —Bueno, no les diste a los arcontes las treinta minas... Oh, ¡qué lío estoy haciendo! (*por un momento todos sonríen*).

CRITÓN. —(*severo*) Olvídalo, Esquines. Y sigamos con nuestro razonamiento. Tenemos que lograrlo cueste lo que cueste, por Heracles. Con la huida a Tesalia están de acuerdo, ¿verdad? Bueno, si estamos de acuerdo en esto, entonces...

ESQUINES. —¿A Tesalia? Háganme entender algo a mí también, por favor, aunque la historia de la media mina haya estado fuera de lugar, lo admito. Pero ya saben, estos días uno ya no está en sus cabales, ¿no les pasa a ustedes?

APOLODORO. —Ahora te explico. Critón, ya sabes, comercia

con granos, ¿y sabes de dónde viene su trigo? ¿De...?

ESQUINES. —¿De Tesalia?

APOLODORO. —Muy bien, y eso significa que allí hay gente que él conoce bien, gente amiga...

ESQUINES. —Pero ¿sabes que pasé un momento por su casa?, ¿y sabes qué? Jantipa me mencionó justamente Tesalia. Pero yo no me atreví a preguntarle por qué hablaba justamente de Tes...

Escena III

(Ahora estamos en la prisión a la mañana temprano, con Sócrates dormido. Todavía está oscuro)

CRITÓN. —*(con énfasis)* ¡Divino Apolo, ayúdame, inspíralo!

(Mientras tanto, el personal de la prisión pasa sin hacer mucho ruido y se lo oye hablar a lo lejos)

SÓCRATES. —¿Y tú qué haces aquí?

CRITÓN. —Bueno, tú estás aquí...

SÓCRATES. —Pero es muy temprano, todavía está bastante oscuro...

CRITÓN. —Definitivamente eres un hombre extraño, Sócrates. Sabes que el día de tu muerte podría acercarse pronto, ¡y aun así logras dormir! Pero hoy no es un día cualquiera. No, en absoluto, y yo no he dormido. Si llegué aquí mucho más temprano de lo habitual, tanto que todavía era noche cerrada y no había ni siquiera un poco de luz como ahora, es por eso.

SÓCRATES. —Pero por el perro, ¿qué está pasando?

CRITÓN. —Ayer la nave de Delos fue vista en el Cabo de Sunión. Quiere decir que llegará al Pireo esta mañana y mañana tú...

SÓCRATES. —...para mí mañana es el final. Quieres decir eso, ¿no? Pero por el perro, ¿sabes o no sabes que todos vamos a morir? Te sucederá a ti también. (*Enfático*) Y lo importante no es que se muere, sino cómo se vive.

CRITÓN. —Pero Sócrates querido mío, ¿cómo puedes pensar así? ¡Yo me vuelvo loco! Para mí, la idea de lo que podría suceder mañana es desde hace días una pena insoportable. No solo para mí, para todos los que te conocemos y pasamos tanto tiempo contigo hablando e incluso bromeando a veces. Y por eso tratamos de ver cuál sería la mejor manera de evitar esto que para todos nosotros sería una desgracia y una vergüenza totalmente insoportables. Es la razón por la que estoy aquí, porque nosotros, tus fieles amigos, sabemos lo que hay que hacer. Y vine a decírtelo en nombre de todo el grupo. Escúchame atentamente.

SÓCRATES. —¿Ustedes decidieron qué debo hacer yo ahora?

CRITÓN. —Pues sí, escucha. Ya sabes que yo compro el trigo de Tesalia y que muchas naves me lo traen al Pireo. Eso significa que en Tesalia tengo amigos fieles. Es decir, si les digo “Ahora vendrá a vivir con ustedes y será su huésped por un tiempo Sócrates de Sofronisco, que es como un hermano para mí”, ellos estarán dispuestos, totalmente dispuestos a recibirte de la mejor manera posible. Ya sabes que estuve dos veces en la casa de Teomnesto y que Teomnesto fue mi huésped aquí en Atenas. Él sabe un poco quién es Sócrates y también tú lo conociste cuando vino a Atenas hace dos o tres años, ¿recuerdas?

SÓCRATES. —Sí, tal vez, pero no recuerdo muy bien...

CRITÓN. —No importa. Tú sales de la prisión con nuestra

ayuda, vas al Pireo, te embarcas y te vas a vivir a Tesalia. Serás huésped de Teomnesto y más adelante enviaremos a Jantipa y a tus hijos a reunirse contigo en Tesalia. Por supuesto yo también iré a verte y quizás vayamos en grupo.

SÓCRATES. —¡Pero tú estás loco! Homero diría: “Pobre Euriclea, los dioses te han hecho perder el juicio”.

CRITÓN. —No, no, Sócrates, espera, quiero explicarte todo con calma. Ahora soy yo el que quiere mantener la calma. Necesito un poco de tranquilidad, de lo contrario me confundo y ni siquiera logro explicarte. Y habla en voz baja.

SÓCRATES. —¡Encima tengo que hablar en voz baja!

CRITÓN. —¡Por supuesto! ¿Acaso no hay otros prisioneros aquí? Los habrás visto en todo este tiempo.

SÓCRATES. —Claro, porque a Tesalia me mandarán solo a mí, a ellos no...

CRITÓN. —Sócrates, eres terrible. Hablar contigo es difícilísimo, más difícil que con cualquier otro. Uno trata de resolver un problema difícil y grave, más bien un problema terrible y espantoso, y tú, en lugar de colaborar, ¡buscas distracciones! Pero, ¿no comprendes que se trata de salvarte el pellejo? ¿Al menos eso lo entendiste, por Heracles? Ahora escúchame y no digas nada, es mejor. (*Sócrates intenta decir algo*) Mantén la boca cerrada un momento, por favor. Totalmente cerrada. (*Sócrates hace el gesto*) Eso, muy bien.

Ahora estoy confundido. ¡Me confundiste! Bueno, veamos... Yo puedo contar con Teomnesto de Teofilato, tesalio. Es un buen amigo y, desde el puerto de Yolco, con un buen caballo, se llega a su casa en medio día. Verías —mejor dicho, verás—

que es un lugar realmente hermoso, muy diferente de aquí. También verás cuánto trigo almacena dentro de su casa. (*Sócrates finge estar asombrado*) En el Pireo está una de las naves que trabaja para él y para mí, y pronto esa nave partirá para regresar a Yolco. No es una bella nave, pero hay un lugar donde puedes sentirte casi cómodo. Por supuesto, tendrás que adaptarte un poco.

SÓCRATES. —Mmm. ¿Y para escapar de la cárcel? Es preciso sobornar a los Once, ¿verdad?

CRITÓN. —Se encarga Apolodoro. Dijo que de eso se encarga él.

SÓCRATES. —(*al oído*) Ah, ¿Apolodoro es un corruptor de guardias? ¿Para él es normal sobornar guardias?
(*Gesto de ira de los dos*)

CRITÓN. —Pero por Heracles, ¿cómo podemos sacarte de aquí sin ponernos de acuerdo con ellos y en secreto, sin que se filtre algo a los otros prisioneros? ¿Me lo puedes explicar?

SÓCRATES. —¡Pues no! Podrías llamar a un heraldo y decirles a todos que mi amigo Apolodoro sobor... (*Critón se alarma y le tapa la boca con la mano*)

CRITÓN. —¡Qué difícil es hablar contigo! ¡Pero qué difícil! ¡Explicarte algo a ti es casi imposible! (*Pasa un sirviente. Critón debe bajar la voz*) Pero por Heracles, ¿quién generó esta situación? ¿Quién se hizo condenar por los Quinientos? ¿Quién los provocó? (*Mirada fulminante*) Actuaste de la peor manera y no solo lograste que te condenaran, sino también que te dieran la pena de muerte en la segunda votación, peor imposible.

SÓCRATES. —Amigo Critón, yo solo dije las cosas como son. De hecho, no envenené el agua de los pozos, no hundí ningún trirreme, no estrangulé a mi esposa, no pacté con los enemigos de Atenas, y todo esto se los dije claramente a ellos.

CRITÓN. —¡Pero por favor! Ahora, después de todo lo que ha pasado, los que te queremos, los que no queremos perderte para siempre, estamos haciendo un gran esfuerzo para llevarte a Tesalia. Sobre todo yo... (*Sócrates está a punto de decir algo*) Shhh, ¿ahora lo entendiste bien? Mañana temprano. ¿Estás de acuerdo? Porque si no estás de acuerdo, es inútil, todos nuestros preparativos no servirán de nada.

SÓCRATES. —¡Pero ustedes están locos! Homero habría dicho: “Pobre Euriclea, los dioses te han hecho perder el juicio”.

CRITÓN. —Que no, no estamos locos. Razonamos y buscamos la mejor manera, mejor dicho, la única manera de salvarte y la encontramos. Nosotros somos personas prácticas. Por otro lado, recordarás quién fue el que propuso como *antitímema* el exilio en lugar de las treinta minas. ¿Recuerdas quién fue?

SÓCRATES. —Tú.

CRITÓN. —Yo. Veo que tienes buena memoria, tú que de tan buena gana nos haces creer que no logras recordar.

SÓCRATES. —Te repito ¡ustedes están locos! Homero diría: “Pobre Euriclea, pobres ustedes, los dioses les han hecho perder el juicio a todos”.

CRITÓN. —Sócrates, ya has bromeado demasiado, ya es suficiente. ¿Está bien así? Dime si está bien.

SÓCRATES. —No, no está bien, amigo mío. Después de todo, yo tengo una reputación. En Atenas hay quien me odia, pero también hay quien me estima ¿Verdad? Por ejemplo Critón, Esquines, Antemión (incluso él, el pobre primogénito de Ánito), Apolodoro, Lisias, Fedón, Platón... ¿debo continuar?

CRITÓN. —¿Y entonces?

SÓCRATES. —¿Y toda esa gente me estima porque soy inteligente? ¿Y piensan que, si alguien corrompe a mis carceleros, para mí está bien? ¿Que sin dudas se lo agradeceré?

CRITÓN. —(*sudando*) ¡Ya estoy harto de esto!

SÓCRATES. —Pero amigo Critón, ¿Me conoces o no me conoces? ¿Sabes cómo razono o no?

CRITÓN. —¡Sí que lo sé! Pero, ¿esta te parece una situación normal? ¿Estamos en el *gymnásion* para hablar libremente o para beber vino en un bello banquete en mi casa? Basta ya. Trata de entendernos, buscamos la forma de sacarte de aquí. Sería hora de que hagas también tú un pequeño esfuerzo ¡Por Heracles! O, si prefieres, por el perro.

SÓCRATES. —Amigo Critón, te repito: ustedes están locos y Homero diría... ¿Debo repetírtelo? ¿Cuántas veces tengo que decirte que yo no soy alguien que escapa a las escondidas? De lo contrario, cuando hablaba con los jueces no hubiera mencionado al pobre Antemión, y ciertamente no hubiera dicho que como pena, según yo, deberían haberme dado incluso un premio, el derecho de ir a comer con los Pritanos todos los días o cuando tenga ganas, y sin pagar. En vez de huir ahora a las escondidas habría podido evitar ser así de audaz, y habría bastado ¿Admites que habría bastado?

CRITÓN. —Pero Sócrates, lo dices tú mismo: ¿quién se ha metido en esta situación? ¿Quién se ha empeñado en arriesgarse a morir, para colmo, mañana? ¿Acaso nosotros te hemos animado a hacerte el arrogante? ¡¿Entonces?! Entonces harás lo que te estoy diciendo yo ¿está claro?

(Se ha hecho de día)

SÓCRATES. —Veamos mi vida entonces. También yo he cometido errores, pero sabes bien que, a ustedes, o a los padres de los jóvenes que venían a pasar el tiempo conmigo, no les he pedido jamás ni siquiera un óbolo. Sabes bien que por un largo tiempo hemos comido todos juntos y una vez me he lamentado porque ustedes, los ricos, no ponían comida en la mesa común, y al pobre Esquines le dio mucha vergüenza que su pan no tenga acompañamiento. Pero tienes la prueba de que si yo lo hubiese pedido, ustedes me habrían dado dinero, y para nada poco ¿Y cuál es la prueba? El hecho de que ustedes los ricos venían cada tanto con grandes regalos, por lo que Jantipa estaba muy contenta, y que un día viendo llegar todos esos regalos, Esquines atinó a decirme, y tu debías estar cuando lo hizo: “Sócrates, todos llegan trayéndote grandes regalos y yo no. Entonces lo he pensado y he llegado a esta conclusión: visto que no tengo nada que pueda darte, me entrego yo mismo, acepto volverme tu siervo”.

CRITÓN. —Sí, tú lo abrazaste diciéndole “¿Pero te das cuenta de que precisamente tú me estás haciendo el más grande de los regalos?” Y todos nosotros nos quedamos en silencio, parecía que te habíamos dado cosillas de nada, cosillas de las que había que avergonzarse.

SÓCRATES. —Esto para decir que no he aceptado pasar ni un

solo día con quien me pagaba sólo porque me pagaba bien. Yo no hago las cosas por dinero y menos por conveniencia... hay incluso quien ha venido a decírmelo en la cara, para criticarme ¿Te acuerdas?

CRITÓN. —¿Quién era? ¿Antifón? No recuerdo bien. Pero no divaguemos. ¿Y por esto has provocado así a los *dikastai*?

SÓCRATES. —Mira, cuando tuve que hacer un *antitímema*, todos esperaban un tono suplicante también de mí, incluso de mí. Todos ellos y todos ustedes. Pensando en esto me he enojado. He pensado: a fin de cuentas, si están aquí es a causa de Ánito, o mejor, por su hijo Antemión, que prefería estar conmigo en vez de estar en la fábrica de la familia ocupándose solo de esclavos y pieles apestosas, porque su padre pensaba sólo en compradores. Y un poco también a causa de Critias y de los amigos que yo tenía dentro de los Treinta, es verdad. Pero incluso allí, incluso con Critias, cuando él estaba en la cima del poder y pretendió obligarme a hacer lo que no me parecía justo, nada. Y nos hemos desencontrado para bien, lo recordarás. Yo no he querido saber nada de ir a hacer de sicario y matar al pobre León de Salamina porque me lo había mandado él. Pero, ¿te parece que yo habría ido a matarlo sólo porque Critias había decidido que Sócrates podía servir bien para matar a León en persona? Critias no sabía quién era Sócrates, quién es Sócrates. Y tengo la impresión de que tampoco lo sabes tú. Pero por el perro, ¿es tan difícil saber cómo pienso? Piensa en los otros casos y después pregúntales a estos muros: muros, según ustedes, ¿cómo se comportará Sócrates esta vez? Según ustedes ¿escapará a escondidas y huirá a Tesalia? También los muros te sabrían responder, amigo mío.

CRITÓN. —Habla bajo. Escucho voces. Voy a ver. De hecho, no hay necesidad ¿Has notado quién viene?

SÓCRATES. —Sí, me parece reconocer la voz de Apolodoro y también quizás aquella un poco dialectal de Fedón. Comprendo, llega el grupo.

CRITÓN. —¿Y qué les digo?

SÓCRATES. —Que mi respuesta es no. No y basta.

(Llegan varias personas. Saludos y miradas interrogativas. Critón está sentado y deprimido)

APOLODORO. —Aquí está, Critón más angustiado que Sócrates. Pero, ¿quién es el que mañana por la mañana podría m...? (mirada severa de Critón). Perdón, entiendo que no dije la palabra adecuada.

Sócrates, imagino que sabrás todo...

SÓCRATES. —¿Todo? Sé de la nave sagrada que llega. Más bien ¿qué sabes de Jantipa y de mis hijos?

OTRO. —Verás que dentro de poco llegan también ellos, junto con Esquines.

SÓCRATES. —Ah.

APOLODORO. —*(dirigido a Critón)* Pero Critón, ¿le has explicado lo que haremos esta noche?

CRITÓN. —Sócrates, amigo y maestro mío de tantos años, ¿lo intenté o no? La verdad, te lo suplico.

SÓCRATES. —¡Pero sí! Este de aquí ha comenzado a hablarme de la fuga, de la nave y de Tesalia, en definitiva, de este embrollo. Todavía era de noche y su voz aún retumba en mis oídos. Ha explicado, insistido, rogado, ordenado, amenazado, repetido... ¡Todo!

CRITÓN. —(*severo*) ¿Y tú?

SÓCRATES. —Y yo insistía en que no me he transformado de repente en otro hombre, como cuando quien ha cometido un homicidio va al tribunal y valientemente intenta decir que aquél debe haber sido un momento de locura, quizás debido a los dioses, y que él apenas recuerda aquel momento porque estaba completamente fuera de sí, mientras que ahora es otro, una persona completamente distinta, tranquila y respetuosa de las leyes: “*Ándres dikastaí*, ¿querrán realmente condenar a una persona de bien que paga los impuestos solo porque una noche, ebrio y momentáneamente desagradable para algún dios, ha matado presa de la desesperación?” ¿No se necesita mucho coraje para mentir de esta manera?

OTRO. —¿Y entonces?

SÓCRATES. —Entonces lo entiendes bien ¡No!

TODOS. —¡Pero Sócrates!

SÓCRATES. —Basta. Cambiemos de tema.

TODOS. —¿Pero te parece posible? Pero no, claro que no.

(*Ya estamos en pleno día*)

SÓCRATES. —(*solemne*) Pero yo digo, si después voy al Hades,

las divinidades infernales, ¿sabrán quién era Sócrates? Mañana, el mes próximo, el año próximo, ustedes aún sabrán quién era Sócrates, ¿verdad? Y si lo sabrán ustedes que son hombres, los dioses lo sabrán incluso mejor que ustedes, si es que existen. Entonces, si existe un inframundo donde yo voy (o donde va una parte de Sócrates) y si, como dicen los poetas, allí se pueden aún reconocer a las personas, entonces los dioses sabrán que la sombra que está llegando es la de Sócrates. Y me tratarán mejor que ciertos personajes despreciables. Como mínimo, ¿o no?

FEDÓN. —Sócrates, explícate mejor, hazme entender.

SÓCRATES. —¿Según tú debería tener miedo de morir? Dímelo tú, Fedón. Explícame por qué debería tener tanto miedo.

FEDÓN. —Pero maestro mío... (*murmullos, voces*) Ah, llega Esquines. Veamos quién está con él.

JANTIPA E HIJOS. —¡Oh, Sócrates! ¡Oh, padre!

SÓCRATES. —Estaba construyendo un razonamiento con ellos...

JANTIPA. —Pero ¡qué me importan tus razonamientos, infeliz! Dime más bien, ¿partirás para Tesalia esta noche? ¿Partirás?

SÓCRATES. —Ahí está, ven, también ella les cree poco... no, no parto.

LAMPROCLES, *EL HIJO MAYOR*. —¿Y ahora qué harás?

SÓCRATES. —Hijo mío, esperaré la llegada del encargado, el que llegará con un tazón lleno de cicuta. (*hace el gesto de quien*

revuelve en el tazón la poción mortal) ¿Qué otra cosa puedo hacer?

CRITÓN. —Ahí está, ¿ven? Pero cuando comencé a explicarle cosa por cosa no era de día aún. Piensa cuánto tiempo ha pasado, querida Jantipa. No hice otra cosa, pero sin ningún resultado: para él está bien así ¿lo entienden? ¡Para él está bien así! Ridículo.

TODOS. —¡Pero si! ¡Es descabellado!

(Jantipa pierde el control grita. El hijo mayor intenta abrazarla)

SÓCRATES. —(*dirigido a Fedón*) Te repito la pregunta: ¿Por qué debería tener miedo de morir?

JANTIPA. —¡Pero todos le tememos a la muerte! Encuéntrame uno que no tenga terror a la muerte. ¿Escuchaste, Sócrates? Encuentra al menos uno.

SÓCRATES. —(*dirigido a Fedón*) La verdad, Leónidas y los treientos... díselo tú.

FEDÓN. —Bah, ellos en las Termópilas no tuvieron todo este miedo. No sé cómo han hecho, pero así fue.

JANTIPA. —¡Qué me importa Leónidas, que además era, sin duda, un rey! Pero en fin, encuentren una solución ustedes, visto que a ustedes los escucha. ¡Y apúrense!

CRITÓN. —*Kýria*, yo he encontrado una solución y he perdido la voz para explicarle a él pero...

JANTIPA. —(*dirigida a Sócrates*) ¡Pero si tienes la posibilidad de

irte al exilio, vete al exilio! Es muy simple.

SÓCRATES. —Entonces te repito también a ti: si hubiese querido absolutamente obtener una condena leve, podría haber propuesto mi bello *antitímema* y listo, sin apelar a la cuestión del Pritaneo y sin ponerme a provocar a Ánito.

JANTIPA. —¡Mira que sólo un loco habría hecho lo que tú hiciste! ¿Cómo dice Homero? “Pobre Euriclea, los dioses te han hecho perder juicio”. Cuando quieren destruir a un hombre, los dioses lo hacen de modo que se destruya sólo, haciendo una locura. Es lo que sucede, ¿verdad?

SÓCRATES. —Pero Jantipa, yo no he envenenado el agua en los pozos, no he estrangulado a mi mujer (que serías tú), no me he comido la carne de mis hijos, no he abierto las puertas de la ciudad a los enemigos...

JANTIPA. —¿Pero te parece que este sea el momento de hacer bromas? Oh, pobre de mí... ¡Basta! Esta noche te subirás a la nave, ¿entendido?

TODOS. —Sí, Sócrates. Debes hacer eso. No tienes elección.

(Sócratesse hace entender con gestos: que Jantipa y los hijos se vayan y vuelvan en todo caso mañana. Pasa algo de tiempo mientras ellos, acariciados por Sócrates, pero deprimidos, aceptan alejarse).

ESQUINES. —Pero yo no quiero irme con ellos...

CRITÓN. —Licio (*un esclavo suyo*), acompáñalos tú a casa y haz todo, pero todo lo que te dice *kýria* Jantipa y después vuelve aquí, ¿entendido?

FEDÓN. —Sócrates, ¿quieres descansar un poco? Creo que después de todo este tiempo es necesario un poco de reposo.

SÓCRATES. —La verdad, no. Ahora retomemos el razonamiento (*Critón bosteza*). Critón, estás cansado. Podrías recostarte en mi cama y cerrar los ojos un poco.

CRITÓN. —¡Pero te parece, Sócrates!

APOLODORO. —Sin embargo, maestro mío, algo debe decirse, una explicación nos debes dar ¿Qué decías del Hades?

FEDÓN. —Sí, el Hades.

ADIMANTO. —¿Pero no sería mejor hablar de lo que debemos hacer esta noche? Para mí... discúlpennme, pero para mí sería mucho, mucho mejor. Debemos ser concr...

SÓCRATES. —Entonces, Adimanto: te lo repito y se los repito, yo no estoy de acuerdo, a mí toda esta conjura no me in-te-re-sa. En cualquier caso, si lo consideran necesario, ayuden a escapar a cualquier otro de estos que están aquí...

TODOS. —Pero Sócrates, por favor...

SÓCRATES. —Entonces, háganme este gran favor. Conmigo no se habla más de Tesalia, de corromper a los Once, etcétera. Nada más. Se los pido por favor. Después de todo, no tenemos tanto tiempo para perder, ¡por el perro! (*Silencio prolongado*).

APOLODORO. —Está bien, hacemos como dices. Pero ¡Qué error!

CRITÓN. —Sócrates, querido mío, me gustaría entender una cosa, ¿a quién es que los dioses han quitado su juicio? ¿Quién de nosotros es la nueva Euriclea? Para mí está clarísimo. Los dioses te han quitado el juicio a ti, no a todos nosotros.

FEDÓN. —Amigo Critón, trata de entenderlo también tú, nosotros no podemos decidir por él. Has visto, incluso los expertos que preparan los discursos para pronunciar en el tribunal, preparar los preparan, pero después... Toma a Lisias por ejemplo. Él le preparó a Sócrates un bello discurso profesional y de gran efecto, ¿pero recuerdan qué ha dicho nuestro maestro? Lisias, dilo tú.

LISIAS. —Pero no, ¿qué necesidad hay? Me siento mal solo de pensarlo.

FEDÓN. —Bueno, en resumen no le gustó, era como si Lisias le hubiera propuesto ponerse un buen par de zapatos de mujer con tacos altos. Y tú: “Un par de zapatos como este irán bien para una chica, para una esposa o para una cortesana, no para mí”. Sócrates, ¿no es eso lo que has dicho?

Y les diré otra cosa. Pasemos el tiempo aquí de una manera que le guste. *(Todos están más o menos de acuerdo)*.

Entonces, querido Sócrates, estamos de acuerdo en cambiar de tema, si insistes, aunque lo sentimos inmensamente. Antes hablabas de ser reconocido fácilmente cuando vayas a al Hades, ¿he entendido bien? Vamos, explícate, ya que nunca antes te había oído hablar de esto.

SÓCRATES. —*(calmado)* Amigos míos, extraño, pero ahora me siento mejor, me siento como aliviado. Ahora que ya no insisten más en organizar esta alocada fuga...

CRITÓN. —Alocada, ¿verdad? (*Mirada rara*)

SÓCRATES. —(*que hace un gesto*) Decía que así me siento mejor. Y ahora que lo recuerdo: cuando todo esto acabe, uno de ustedes debe ir de Antemión, donde se curten las pieles, ir allí y que les digan quién es, ya que de lo contrario no lo reconocerían. Y decirle: “Antemión, debes saber que Sócrates te saluda, él hubiera querido verte en la cárcel días atrás, junto con todos nosotros”. ¿Entendido?

ESQUINES. —Yo me ocupo, iré encantado.

SÓCRATES. —Mira, Esquines, que eso me importa y mucho. Y de todos modos la idea que me han presentado no la podía digerir, me inquietaba. Así, al ver que no se habla más de Tesalia, ya me siento mejor. Mañana, ¿verdad?

CRITÓN. —O como mucho pasado mañana.

SÓCRATES. —No importa exactamente cuándo. Un hoplita que está a punto de partir y sabe que tarde o temprano será el encuentro con los enemigos, y no sabe cómo puede terminar, se siente así, y saben bien que yo fui hoplita varias veces... De hecho, no es el caso, porque esta vez lo sabemos con certeza: sabemos que nos toca morir. Esto es seguro, aquí no hay ningún “tal vez”. Pero entonces también está la esperanza...

FEDÓN. —Sí, la esperanza. Di, Sócrates, dinos...

SÓCRATES. —Bueno, ya lo dije antes, Fedón. Al Cerámico^[1] van y nos vamos, nosotros atenienses, ¿verdad? Y lo han visto también ustedes que a veces los familiares escriben más o menos así: “Vive honrado en el Hades, si es que existe”. Y a veces, incluso cuando se pronuncia el discurso sobre los caídos

en guerra, algún orador dice una cosa similar: “Estos han sido héroes, y los dioses los honrarán, si existe el Hades”.

APOLODORO. —Tal vez no así exactamente, pero...

SÓCRATES. —Ya, pero no veo a Platón. ¿No es extraño?

CRITÓN. —Me lo ha enviado a decir, tal vez no te diste cuenta. Un siervo suyo ha venido a decirme que esta mañana Platón se sentía muy mal, vomitaba, por lo que no pudo venir. Esperemos que al menos pueda venir mañana.

APOLODORO. —Que tipo este Platón. En un momento así, ¿qué hace? Vomita...

ADIMANTO. —Bueno, ustedes lo saben, mi hermano es muy sensible...

FEDÓN. —Olvidalo. Pero tú, Sócrates, continúa: ¿el Hades existe o no existe? (*se sientan casi todos*)

SÓCRATES. —¿Tú lo sabes? ¿Tú has ido a ver? ¿Quién de ustedes fue allí?

(*Miradas*)

CRITÓN. —¡Qué pregunta!

SÓCRATES. —Entonces Fedón: tú no fuiste a ver, ¿verdad?

FEDÓN. —Bueno, no. ¿Cómo podría? Sin embargo...

SÓCRATES. —¿Sin embargo?

FEDÓN. —Sin embargo estoy convencido de que el Hades existe, que los dioses existen y que... que algo sucede cuando uno muere, no es que uno simplemente muere y basta.

SÓCRATES. —Y también yo espero que sea más o menos así. De hecho, ¿sabes, Fedón? Tuve una especie de sueño.

TODOS. —Vamos, dinos...

SÓCRATES. —Me parecía encontrarme en un lugar sombrío, bajo grandes árboles, y ver pasar a Orfeo y Museo, después a Homero y Hesíodo, luego conocer a Palamedes y a Áyax Telamonio, y luego a Odiseo y a Sísifo, y que todos me saludaban... “Hola Sócrates...”. ¿Sabes qué emocionante ha sido? ¡Después me desperté y allí estaba Critón listo para hablarme, en cambio, de Tesalia! Bueno, el Hades me ha gustado más.

ESQUINES. —Pero, perdona, eso fue un sueño.

SÓCRATES. —No solo un sueño, sino también una esperanza. Porque verás, cuando uno muere, el cuerpo se apaga, pero quizás el alma, la *psyché* no...

ESQUINES. —Pero, querido Sócrates, ¿tu esperas realmente eso, conocer a Palamedes y a los demás? Vamos, no lo creo.

FEDÓN. —¡Pero Esquines, déjalo hablar! Entonces dinos cómo lo ves tú, Sócrates.

SÓCRATES. —Decía que tal vez eso sería bello, pero, ¿qué puedo saber yo? Aquel “Vive honrado en el Hades, si es que existe” que leemos sobre las tumbas apiladas en los Cerámicos

es muy honesto, ¿no?

ESQUINES. —Déjame entender: sabes tanto del Hades como yo, ¿pero el hecho de no saber no te preocupa?

SÓCRATES. —Miren, yo... no estoy como en un teatro, no llevo puesta una máscara, les digo puramente y simplemente lo que pienso. Y me parece que tengo ideas confusas, como todos. Sin embargo...

ALGUIEN. —¿Sin embargo?

SÓCRATES. —Sin embargo me viene a la mente la guerra. Fui a la guerra, como todos. Cuando te encuentras en allí, cuando estás por enfrentarte al enemigo con tus compañeros y tus jefes, te haces fuerte y eres fuerte. Quizás haya alguien que se comporta como un cobarde, pero a aquellos se los mira de reojo y no se les da importancia...

En algún momento empieza la gran carrera y se grita con todo el aliento que tienes, ves a los enemigos corriendo contra ti, piensas en la lucha y solo en la lucha, escudo y espada, ¿no es así? Y luego... Luego se ve quién está herido y quién muerto. Al menos eso me ha pasado a mí. Y ahora estoy tratando de ser un hoplita que va a la pelea, incluso si tengo un poco de miedo. Claro que lo tengo, porque esta vez ya se sabe cómo terminará... O mejor: no se sabe que sucede después. Pero aquí están ustedes, hablamos, y es como cuando nos alineamos y comienza la gran carrera, vamos todos juntos... Pero en resumen, ¿ustedes fueron a la guerra?, ¿sí o no?

ALGUNOS. —Sí, y más o menos ha sido así para mí.
Sí, claro, recuerdo bien.
¡Qué preguntas!

CRITÓN. —Yo realmente no llegué a la confrontación directa. La única vez que fui a la guerra era como caballero y comandaba un grupo de hoplitas...

SÓCRATES. —¿Pero es importante? También los caballeros mueren en batalla. Y de todos modos cuando te encuentras allí, ¿qué haces? ¿Huyes? ¿Te haces desertor?

CRITÓN. —Pero por Heracles, ¡todavía se ve bien que tú tienes años de vida por delante! ¿Estás o no estás sano? Entonces, ¿cómo es posible que esta oportunidad no te interese? No morir ahora, permanecer con vida y quizás, dentro de unos años, volver a Atenas...

ALGUIEN MÁS. —Claro, años de vida y la posibilidad de retornar. Por lo demás, sabes muy bien que muchas personas han venido a vivir con nosotros y están bien aquí, tanto que no tienen ninguna intención de volver donde nacieron. Como Fedón.

FEDÓN. —Sí.

APOLODORO. —O como Aristipo, que viene de tan lejos.

FEDÓN. —Sí, de Cirene. Él siempre dice que esa es una bella ciudad, un bello territorio, aunque allí hace mucho calor, pero luego...

ESQUINES. —Pero no, eso no tiene nada que ver. Sócrates, escúchame por una vez. Piensa que tienes una familia, tienes hijos, y algunos son pequeños, está Jantipa y estamos todos nosotros, incluso aquellos que no están aquí en este momento, todas las personas que te conocen y te buscan. Y Platón, que mientras tanto está encerrado en su casa, vomitando. (*Miradas*)

Es posible que de la nada tu...

SÓCRATES. —¡Silencio, Esquines!

CRITÓN. —(*en voz baja*) ¡Finalmente vacila! Bravo Esquines.

ESQUINES. —No, déjame decir dos palabras más. Nosotros, ninguno de nosotros es ya un chico, pero aun sentimos la necesidad de encontrarnos contigo, de escuchar lo que nos dices, de estar ahí cuando te decides a hacernos sufrir con tus preguntas que confunden. Si no estuvieras más, ¿cómo haríamos?

CRITÓN. —Eso, ¿ves? ¡Al menos la posibilidad de ir a verte en la casa de Teomnesto, en Tesalia!

APOLODORO. —Sócrates, dando vueltas, la pregunta se ha convertido en esto: ¿cómo se va a desperdiciar un poco de vida? Porque, lo siento, pero te estás preparando para despreciar una parte importante de tu vida.

FEDÓN. —En efecto...

SÓCRATES. —(*inquieto*) ¡Basta! Basta, por el perro. Si Platón estuviera aquí lo habría entendido y te lo habría explicado, estoy seguro. No voy hacia la cicuta pensando en ese pequeño futuro que, bueno o malo, sin la cicuta existiría. Voy allí porque tengo un pasado, porque tengo convicciones y no tengo ninguna intención, de repente, de rogarte que sobornes a los Once, que prepares un carro para la fuga, que pagues al dueño de la nave para tenerme oculto y darme de comer en secreto, y mientras tanto escribir a este tesalio Teodoro...

CRITÓN. —No, Teomnesto.

SÓCRATES. —...Teomnesto y que todos ustedes guarden en secreto toda la operación. ¡Yo no quiero una cosa así, no la quiero! Yo sé vivir mejor que esto, ¿lo han entendido? Y me gusta seguir viviendo así, mientras pueda, no como lo han pensado ustedes. Critón, sabes que para mí eres como un hermano. Entonces hazme el favor de no hablarme más, nunca más de esta porquería. ¡Basta, basta!

TODOS. —Está bien, Sócrates, si eso es lo que quieres.

ESQUINES. —¿Y entonces?

FEDÓN. —(*concentrado*) Sí, tu primero habías comenzado a hablar sobre el alma y alguien te interrumpió. ¿Qué querías decir? Algo debes habernos dicho antes, pero si alguien me preguntara “¿Qué decía Sócrates sobre el alma?” no sabría responder. ¿Hablamos nuevamente sobre esto?

(*El grupo se calma y está atento*)

Vamos, dinos, quizás este sea el momento justo.

SÓCRATES. —(*acariciándole sus largos cabellos*) ¡Querido Fedón! Tengo la impresión de que todos estos hermosos cabellos largos no durarán, que en dos o tres días te los cortarás...

Entonces, el alma. Por supuesto yo ni siquiera sé esto... pero... tengo una idea. Llámenme al hombre de la cicuta, si es que está también esta mañana. Esperemos que esté.

TODOS. —¡¿Al hombre de la cicuta?!

SÓCRATES. —Sí, y que venga sin la cicuta, aún no ha llegado la nave sagrada.

CRITÓN. —¡Y bromea con eso, este de aquí!
(*Dirigido al personal de la cárcel*) ¿Quién de ustedes entiende de cicuta? El especialista, ¿vino hoy?

EL HOMBRE DE LA CICUTA. —*Kairé*. Yo soy el preparador de la cicuta.

CRITÓN. —*Kairé*. Mira que Sócrates, aquí, quiere hablar contigo que eres el especialista. Extraño, pero lo ha pedido.

SÓCRATES. —Amigo ven aquí, siéntate y hazme entender, de hecho, haznos entender. Eres tú quien hace beber la cicuta, ¿verdad? Y me la harás beber también a mí.

EL HOMBRE DE LA CICUTA. —(*se queda de pie*) Lo he hecho muchas veces, no sabría decir cuántas.

SÓCRATES. —Y dime, ¿qué sucede? ¿Cómo se muere?

CRITÓN Y LOS OTROS. —Pero, Sócrates nuestro... Pero... ¡Vamos!

SÓCRATES. —Espera. Veamos qué dice.

EL HOMBRE DE LA CICUTA. —No sucede siempre de la misma manera, pero suele comenzar por los pies.

FEDÓN. —¿Es decir?

EL HOMBRE DE LA CICUTA. —Después de beber un poco, los pies no se sienten más y luego no se sienten tampoco las rodillas.

SÓCRATES. —Era lo que había escuchado decir. Y luego las

piernas completas, ¿no es cierto?

EL HOMBRE DE LA CICUTA. —Sí, Sócrates, pero no sucede siempre así. Quién sabe por qué.

SÓCRATES. —Está bien igual, amigo. Ahora ve, vuelve a tu trabajo. (*Alivio entre los presentes*).

¿Habéis entendido? Parece que el alma sale de a poco del cuerpo, comenzando por los pies y por las piernas. Y si sale así, quiere decir que se encuentra en grado de sobrevivir al cuerpo, ¿no les parece?

FEDÓN. —(*sorprendido*) En efecto... ¿Cómo se te ha ocurrido una idea tan particular?

APOLODORO. —Yo lo sé, y deberías recordárselos. A veces, Sócrates, incluso muchas veces, tú has dicho que es necesario tener cuidado del alma mucho más que del cuerpo, de la comida, de los perfumes, de los vestidos y del calzado. ¿Sería el alma que se desliza fuera del cuerpo y continúa viviendo de otro modo?

SÓCRATES. —¡Cómo querría saberlo! Porque, mira, el alma mueve al cuerpo, lo comanda, le dice “ahora corre” y el cuerpo se pone a correr. ¿No es así?

FEDÓN. —Sí, al menos así lo parece. Y por lo tanto, dices, ¿el alma comanda, decide, sabe qué hacerle hacer en todo momento?

SÓCRATES. —Y esto desde el nacimiento hasta la muerte. El cuerpo en cambio es siempre el que espera las órdenes. ¿Podemos decir esto?

FEDÓN. —Bueno, tal vez sí.

SÓCRATES. —Tal vez. También Demócrito ha dicho que es, en todo caso, el alma la que tiene la responsabilidad de haber descuidado el cuerpo y haberlo estropeado. Yo, por ejemplo, con este pellejo que llevo conmigo.

CRITÓN. —(*al margen*) Eso es, ves, así él se siente mejor.

FEDÓN. —Pero Sócrates, quieres decir que no es la compañía de tu cuerpo con tanto de pellejo (*va a tocarle la panza*) lo que nos gusta tanto, porque no es este panzón el que da las órdenes. ¿Es el alma quien comanda el cuerpo y le dice “haz esto, haz aquello, y esto no lo hagas”? E incluso ordena que la boca hable, no solo a las piernas les ordena caminar, ¿cierto? Por lo tanto, ¿tu esperanza es que muera el cuerpo, pero no el alma, que el alma se limite a abandonarlo, a irse?

SÓCRATES. —¡Qué querido eres!

FEDÓN. —¿Es así, entonces?

SÓCRATES. —No lo querría decir, porque como no lo sé, pero puedo decir al menos esto, que lo espero, que me gustaría si...

FEDÓN. —¡Y claro! ¿A quién no le gustaría tener la certeza de que, de una manera u otra, el alma sobrevive al cuerpo?

APOLODORO. —(*muy concentrado*) Explícate mejor Sócrates. Intentas decir: ¿te gustaría que tu alma, liberada de este pellejo tuyo más bien engorroso, pudiese merodear en el Hades, encontrar a Palamedes y no sé qué otros grandes personajes, y que te saluden...eh? Pero... atención con el pellejo, ya que si te encontrases allí sin el pellejo ¡tal vez no te reconocerían!

SÓCRATES. —Bueno, está bien, Apolodoro, mejor con el pellejo.

APOLODORO. —Querido amigo, es verdaderamente una bella esperanza.

FEDÓN. —En efecto hay diferencia entre no saber y ni siquiera esperar, o no saber, pero al menos poder esperar. Y aquella historia de los pies que luego de un rato no se sienten más es bella. Nos hace esperar precisamente esto, que el alma no muere, sino que continúa viviendo de alguna otra manera.

SÓCRATES. —Admitirás que sería como perder los sentidos y luego despertarse nuevamente, pero con algunas diferencias, de otra manera.

APOLODORO. —Pero...

SÓCRATES. —¿Pero?

APOLODORO. —Pero nada, no importa.

SÓCRATES. —¿Y por qué no importa?

APOLODORO. —Nada, una idea tonta, una estupidez. Continúa tú. Prefiero escucharte, y también ellos lo prefieren.

SÓCRATES. —Apolodoro, si te conozco... Tú me escondes algo importante.

APOLODORO. —Pero no, es un pensamiento suelto, qué te preocupa.

CRITÓN. —En efecto, ¿a quién no le sucede de tener una idea

fastidiosa como para olvidar velozmente? A mí me sucede.

SÓCRATES. —Pero, ¡por el perro! Tú presenta tu idea y nosotros... si es una estupidez te lo diremos. Incluso podemos hacer una votación, “¿estupidez sí o no?”, ¿está bien?

APOLODORO. —Sócrates nuestro, me avergüenzo de haber abierto la boca en un momento como este.

SÓCRATES. —(*mientras le empuja el hombro*) Ves que es una cosa importante. En fin, ¡habla!
(*También el resto insiste*)

APOLODORO. —Entonces, aclaremos. Yo hablo solamente porque me obligan.

ESQUINES. —¡Pero qué nos dirá este!

SÓCRATES. —Apolodoro, estamos esperando. Mira bien que todo nuestro razonamiento se ha detenido de repente como resultado de tu “pero”. Entonces dinos: “pero...”

APOLODORO. —Sócrates, amigos míos, que quede bien claro que no tengo la culpa si una idea extraña se metió por un momento.

CRITÓN. —De acuerdo, Apolodoro: esto está claro para todos, ¿no es cierto?

FEDÓN. —Comienzo a pensar que es algo grande.

SÓCRATES. —(*impaciente*) En fin, ¿o hablas o no hablas!

APOLODORO. —Bueno, está bien. Pero les advierto, es una

estupidez.

ESQUINES. —¡Pero cómo la haces larga!

APOLODORO. —Bien, en fin. ¿Recuerdan lo que ha dicho el hombre de la cicuta? Que el alma abandona primero los pies, luego las piernas hasta las rodillas, luego continúa hasta la panza y sube...

ESQUINES. —No siempre, ha dicho. Esto lo recuerdo bien.

APOLODORO. —Bien, en fin, este detalle me ha hecho recordar a las serpientes que pierden la piel. Ahí está, he dicho la estupidez (*se cubre la cara*)

CRITÓN. —En efecto, era mejor, mucho mejor, si te hubieses quedado callado y no decías ningún “pero”.

FEDÓN. —¡Qué mal gusto, Apolodoro!
(*Todos miran a Sócrates*)

CRITÓN. —Sócrates nuestro, sabes que Apolodoro a veces no sabe lo que dice.

APOLODORO. —Critón tiene razón. ¡Qué vergüenza!

FEDÓN. —Sócrates, di algo.

SÓCRATES. —Estoy pensando.

FEDÓN. —¡Pero vamos! ¿Dirás que no dijo una estupidez?

SÓCRATES. —Tal vez sí. La comparación con la serpiente no es muy buena, pero me hace pensar en que nuestro cuerpo, como

decía, recibe órdenes del alma. Y cuando el alma no da más órdenes, el cuerpo queda inerte. Por ejemplo, cuando dormimos puede pasar incluso mucho tiempo sin que el alma de órdenes y el cuerpo está quieto, esperando que el alma decida darle nuevas instrucciones, por ejemplo: “¡vamos, ahora date vuelta!”, luego de lo cual el cuerpo se da vuelta.

FEDÓN. —No entiendo. ¿A dónde quieres llegar?

APOLODORO. —Ya me siento mejor. (*Muestra indicios de abrazar a Sócrates*)

SÓCRATES. —En cambio, cuando uno muere, el alma lo abandona definitivamente y el cuerpo permanece inmóvil y no se altera ni siquiera cuando llegan los gusanos. ¿No es cierto?

CRITÓN. —¿Y entonces?

SÓCRATES. —Fedón, prueba decir algo.

FEDÓN. —Pruebo. ¿Por casualidad quieres decir que cuando uno muere el alma se va, pero permanece viva? ¿Es esto lo que tienes en mente?

ESQUINES. —Disculpen, ¿pero algo así no sucede también con los árboles? La manzana cae y el árbol continúa viviendo.

SÓCRATES. —Exacto, querido Esquines. Pensaba precisamente en una cosa del género. En el sentido de que, hechas las debidas salvedades, el alma es el árbol y el cuerpo la manzana.

FEDÓN. —(*dirigido a Sócrates*) Pero por favor, Sócrates, ¿de verdad hablas incluso de renacer, que sería como la manzana del año siguiente?

SÓCRATES. —Espera, espera. No divaguemos, dejemos de lado árboles y manzanas. Intenten pensar esto, amigos: ¿nuestro cuerpo qué sabe de Homero o de la luna? ¿Sabe que hay una luna? ¿Ve el sol y lo reconoce, es decir, sabe decir que eso es el sol? O, ¿qué sabe de las naves y del puerto de Yolco? Nada. En cambio, el alma en cierto sentido gira alrededor del cuerpo, habla con las otras almas, sabe que existe Yolco, o establece una ley, o enseña al cuerpo a escribir. Pero el cuerpo por sí solo no escribe ni siquiera una alfa si no está el alma que casi le toma la mano y la pone a escribir la letra alfa, o una omicrón con forma de diadema, como si yo tomase tu dedo para hacerte realizar estos signos, con tu mano...

FEDÓN. —(*lo interrumpe conmovido*) Qué cosa grande, ¡Sócrates! Continúa. Amigos míos, ¿se dan cuenta cuánto vale estar todavía aquí con él y escucharlo?

SÓCRATES. —¡Callado!... o hacer un retrato, o hacer una estatua... tomemos las manos del gran Fidias. ¿Sus manos sabían qué estaban realizando? ¿La estatua de qué cosa? Sus manos hacían cosas maravillosas, pero solo porque había una gran mente dirigiendo. ¿Y quién miraba el modelo mientras las manos de Fidias continuaban esculpiendo? ¿Tal vez sus ojos? (*enfático*) ¡Nooo! Su alma eligió el modelo y luego lo miró atentamente, atendiendo a los más pequeños detalles, y luego su alma dirigió la mano en el uso del cincel. Comienzo a pensar que el alma se va del cuerpo y de alguna manera con...

FEDÓN. —(*inspirado, levantándose y poniéndose de pie de golpe*) Pero entonces el alma...

APOLODORO. —¡Calla tú! Sócrates, continúa, te lo ruego.

SÓCRATES. —(*con especial energía*) Bien, si se desprende del cuerpo no muere, si está dentro y fuera del cuerpo –ya sea adentro como afuera– tiene como un ritmo vital distinto, un paso más largo y más...

APOLODORO. —(*contagiado por Sócrates, salta incluso él*) ¡Fantástico! Piensen lo que se pierden aquellos que no están aquí ahora, ¡comenzando por Platón!

LOS DEMÁS. —Calla, no lo interrumpas. Shhh.

SÓCRATES. —(*ahora más lentamente*) Decía, por lo tanto, que el alma es muy distinta del cuerpo y debería tener un paso más largo. Como enseña al cuerpo a escribir y hablar, o a cantar y bailar, así le hace hacer las armaduras, el pan, los contratos, los préstamos, las condenas a muerte, la cicuta... ¿El cuerpo sabe qué es la cicuta y para qué sirve? No, la bebe porque alguien se la hace beber y luego comienza a sentirse mal, pero no sabe por qué. Y qué es la guerra de Troya, quiénes son los doce dioses, quién era Pericles, ¿lo sabe? ¿Sabe quién es Jantipa, quién es Platón...? Saquen ustedes las conclusiones: cuerpo y alma no funcionan de la misma manera, todo lo contrario. Es como si pertenecieran a dos razas diferentes, por lo tanto...

(*Es tarea del director decidir si mientras tanto se apagan las luces, o si se cierra el telón, o si sucede alguna otra cosa*).

——telón——

Apéndice

Ser procesado en tiempos de Sócrates

Los lugares

Los arqueólogos saben decirnos dónde precisamente Ánito “publicó” su acta de acusación en contra de Sócrates, es decir, su *graphé*. Estas declaraciones públicas se colocaban en el mercado, en el ágora en Atenas, pero no en un lugar cualquiera, sino en el recinto de los héroes epónimos. Este era un lugar público en el cual se pegaba el texto de las nuevas leyes, de los decretos, de las *graphai* y de todos los actos públicos.

La *graphé*

Si leemos el *Eutifrón* platónico, leeremos que el mismo Sócrates declara «a esto mío, Eutifrón, los atenienses no lo llaman *díke*, sino *graphé*, no “causa”, sino “acusación”» (*Eutifrón*, 2a).^[1] La palabra *díke* no significa solamente “norma” y “justicia”, sino también proceso, litigio entre privados en los cuales los jueces, con su veredicto, “hacen justicia” entre los litigantes. La palabra indica, en definitiva, el proceso civil.

En cambio, *graphé* es la inscripción en contra de alguien, la denuncia que se hace pública, pegándola, precisamente, en el recinto de los héroes epónimos. Se llega a la *graphé* cuando se toma una iniciativa formal y judicial para proteger los intereses públicos, como por ejemplo la impiedad. Con lo cual estamos en el ámbito del derecho penal, pero con una diferencia

fundamental: en la antigua Atenas, quien hacía la exposición/denuncia, luego debía sostener personalmente la acusación en el tribunal y, en caso de desestimación (es decir, la absolución del imputado), podía incluso pagar una sustancial multa. El acto de acusación comprendía también la pena pedida para el imputado. En este caso, Meleto figuraba como primer firmante de la *graphé* y con él estaban asociados Licón y Ánito. Este último, consolidado emprendedor en el sector del calzado, debía estar, en aquellos años, entre los líderes de la ciudad y ser, por lo tanto, un hombre completamente público. Por su parte, Sócrates también debía ser, y desde hacía tiempo, un personaje público muy reconocido.

La instrucción. El arconte *Basileús*

Precisamente porque el tribunal era popular (en el caso de Sócrates, la composición del tribunal estaba formada por quinientos conciudadanos), el proceso tenía que ser preparado. De esto se ocupaba el arconte competente que, en el caso de los procesos por impiedad, era el arconte *basileús*, es decir, el arconte rey. Este tenía el oficio en la Stoa (pórtico) de Zeus *Eleuthérios* (liberador), que se encontraba cerca del ágora. Cada arconte se ocupaba de los procesos de su competencia y, en primer lugar, buscaba comprender si se trataba de un litigio serio que requiriese predisponer la celebración de un proceso. A tal fin, recibía al/los acusador/es y al imputado, luego, en caso necesario, decidía (en base con las normas consuetudinarias vigentes) si se debía celebrar el proceso y con cuantos jueces, identificaba con precisión a los autores de la acusación, fijaba la fecha y daba instrucciones a su “jefe” (el *grammateús*, que podía contar con uno o más “subsecretarios”, los *hypogrammateís*) para la preparación de una suerte de acta o expediente que contenga la información esencial; además, se reservaba el derecho de presidir personalmente el rito procesual.

En este caso, estando involucrado un intelectual y un jefe político, ambos, a su modo, influyentes, era lógico que el proceso se haga noticia y que mucha gente quisiera hacerse lugar para formar parte del tribunal.

Los *dikastaí*

Eran ciudadanos incluidos en la lista de aquellos que pueden formar parte de los tribunales populares. A tal fin se requería que tuviesen más de treinta años, que hubiesen requerido y les hubiera sido otorgado el permiso para formar parte y que no tuviesen deudas hacia la ciudad. Los *dikastaí* se presentaban en las instalaciones del tribunal (que no han sido localizadas: parece que eran recintos al descubierto con bancos) munidos de una identificación específica de madera llamada *pinákion*, “sobre el cual figuraba el nombre, y el de su padre, y el de su demo, y una de las letras del alfabeto”.^[2]

La letra era necesaria ya que se reunían distintos tribunales y en espacios contiguos. Cada uno celebraba un solo proceso, que se concluía en el lapso de pocas horas. Los *dikastaí* recibían una modesta dieta, del valor de medio dracma (es decir, un centésimo de mina, tres óbolos). Por lo tanto, ofrecerse a pagar treinta minas significaba comprometerse a pagar el equivalente a seis mil dietas de juez popular.

El debate en la corte

Ha escrito el comediante Aristófanes: “¿Qué hay hoy en día más feliz y venturoso que un juez? ¿Qué oficio más placentero? ¿Qué ser más temible, y eso aun siendo uno un viejo? Luego entro (en el recinto del tribunal), cargado de súplicas y mitigada mi cólera, mas una vez dentro no cumplo ninguna de mis promesas, pero presto atención a todo lo que dicen los acusados para obtener la absolución. ¿Qué cantidad de adulaciones podrá llegar a oír un juez? Unos se lamentan de

su pobreza y la ponen de pretexto; otros cuentan fábulas; otros algún chiste de Esopo; otros se ponen a hacer gracias para que yo me ría y se me bajen los humos. Y si con todo eso no logra convencernos, enseguida arrastra a la tribuna toda su prole, llevando de la mano a niñas y muchachos, y yo escucho atentamente. Los chiquillos agachan la cabeza y se ponen a balar todo a una, y entonces el padre, tembloroso, me suplica a mí por ellos, como suplicaría un dios, que lo libere del castigo”.

[3]

Los discursos eran regulados por una clepsidra de agua. La tardea de los jueces populares era, en todo caso, elemental: decidir si el imputado es culpable o inocente. Si se reconoce inocente, el proceso terminaba allí, pero, si la absolución tenía lugar por amplia mayoría, el acusador debía pagar una multa por haberse comportado como sicofante (calumniador). Si, en cambio, se llegaba a la condena, luego se debía decidir la magnitud de la pena. La fiscalía había hecho su valoración (*tímema*) al comienzo del proceso judicial, mientras el imputado estaba obligado a realizar una muy riesgosa contrapropuesta (*antitímema*) solo a continuación del voto de condena, luego de lo cual los *dikastaí* votaban nuevamente.

El voto. Las *pséphoi*

Las *pséphoi* eran discos de un diámetro aproximado de 7 cm. con un cilindro lleno o vacío ubicado en su centro. Anteriormente se usaban grandes porotos blancos y negros (pero *pséphos* no quiere decir “poroto”, sino más bien “piedra pequeña”). Quienes gestionaban la clepsidra y contaban las *pséphoi* luego del voto eran los mismos *dikastaí*:

Después que todos han votado, toman los servidores el ánfora que y la vacían en una tabla que tiene tantos agujeros cuantos son los votos, y esto para que se puedan contar fácilmente los votos válidos, que se ponen delante, con las puntas agujereadas y las macizas bien visibles. Los designados para atender los votos (*scil.*

cinco *dikastaí*), los cuentan sobre la tabla, aparte los macizos y aparte los agujereados, y el heraldo anuncia públicamente el número de los votos, para el demandante los agujereados y para el demandado los macizos. El que tenga más, ése gana; si tienen igual número, gana el demandado (...) Después que han juzgado los asuntos que legalmente les corresponden, reciben el salario en el sitio en que le tocó a cada uno. ^[4]

El *desmotérion* y los Once

El consejo de los Once (*hoi éndeka*) supervisaba no solo el buen funcionamiento de la prisión y las ejecuciones capitales decretadas por el tribunal. Procedía también a la ejecución “por directísima” de reos confesos, y también a la confiscación de los bienes. Para esto, los Once podían ser retenidos responsables en parte por los excesos que acompañaron al sanguinario régimen de los Treinta Tiranos que, cuatro años antes del proceso de Sócrates, había estado en el poder por ocho meses.

La *Thólos*

Thólos, importante edificio público circular situado cerca del ágora, es el lugar donde residían permanentemente (por turno) los Pritanos, que eran representantes oficiales de la ciudad. Allí eran recibidos los embajadores. Para los Pritanos estaba prevista la comida gratuita, al menos en el mes de las Panateneas, y uno de los máximos homenajes consistía en dictaminar que un ateniense tuviese derecho a la comida gratuita junto con ellos. Naturalmente, la decisión no la podía tomar una corte de justicia, sino la asamblea por medio de una deliberación apropiada.

Además...

El hijo de Ánito:

(Sócrates) “Este hombre (me ha hecho condenar) porque, viendo que era uno de los más poderosos de la ciudad, dije que no debía educar a su hijo en el oficio de curtidor (...) Tuve una breve relación con el hijo de Ánito y me pareció que no era de espíritu débil, por lo que afirmo que no permanecerá en la vida servil que su padre preparó para él, sino que por no tener ningún consejero diligente caerá en alguna pasión vergonzosa y llegará lejos en la carrera del vicio”. Y no se equivocó con estas palabras, sino que aquel muchacho le tomó gusto al vino y ni de día ni de noche dejaba de beber.^[5]

Así que éste (*scil.* Ánito), que no soportaba el ridículo suscitado por Sócrates (...) logró persuadir a Meleto para que adujera contra él una *graphé* por impiedad y corrupción de los jóvenes.^[6]

Que el orador Lisias haya predispuesto un discurso de defensa –por lo tanto, una *Apología de Sócrates*– centrado sobre la historia del joven Antemión (nombre atribuido por deducción, ya que Ánito era hijo de Antemión), y que Sócrates lo haya juzgado demasiado formal en términos legales, con lo cual rechazó pronunciarlo, es algo verosímil, pero no estamos del todo seguros que haya sucedido.

La nave sagrada

Lo cuenta Platón en el *Critón*. Cuando, una vez al año, la nave sagrada partía del Pireo con muchos jóvenes para los ritos religiosos celebrados en Delos, las ejecuciones capitales se suspendían hasta su regreso, y podía pasar bastante tiempo (por ejemplo, el regreso podía retrasarse debido a reparaciones en la nave). Sócrates, por este motivo, habría transcurrido alrededor de un mes en la cárcel, esperando que la nave sagrada regresara.

La historia de León de Salamina

En los ocho meses en los cuales los Treinta Tiranos, guiados por Critias, estuvieron en el poder (verano del 404-primavera del 403 a. C.), entre los numerosos excesos se dio la orden de asesinar a un cierto número de ciudadanos pudientes con el objetivo de apropiarse de sus bienes, y Critias tuvo la infeliz idea de asignar a Sócrates la tarea de asesinar a un tal León de Salamina, que fue efectivamente asesinado, a pesar de que Sócrates había osado oponerse. Luego el régimen colapsó y no se tomaron represalias en contra suyo.

1. Calonge, J. (1985). Platón, *Eutifrón* (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos. Modificada. ↵
2. García Valdés, M. (1984). Aristóteles, *Constitución de los atenienses* (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos (cap. 63. 4). ↵
3. Macía Aparicio, L. M. (2007). Aristófanes, *Las avispas* (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos (560-570). ↵
4. García Valdés, M. (1984). Aristóteles, *Constitución de los atenienses* (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos (cap. 69.1-2). ↵
5. Zaragoza, J. (1993). Jenofonte, *Apología de Sócrates* (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos (cap. 29-31). Ligeramente modificada. ↵
6. García Gual, C. (2007). Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* (introducción, traducción y notas), Madrid, Alianza (secc. II 38). Ligeramente modificada. ↵

Términos griegos

Los términos transliterados respetan la acentuación griega original. En el presente apéndice, a modo de facilitar la lectura, se ha consignado la pronunciación cuando esta difiere de la grafía.

- *Ándres*: hombres, varones.
- *Antitímema*: contrapropuesta de la pena recibida.
- *Basileús* (pronunciación: *basiléus*): rey. *Kýrie Baseileús*: Señor Arconte Rey.
- *Dêmos*: pueblo.
- *Díke*: justicia.
- *Dikastés*: juez. *Dikastaí* (pronunciación: *dikastái*): jueces. *Ándres dikastaí*: Señores jueces.
- *Desmotérion*: prisión.
- *Eleuthérios*: liberador.
- *Grammateús* (pronunciación: *grammatéus*): secretario.
- *Gymnásion*: lugar de entrenamiento donde se socializaba y se participaba de actividades intelectuales.
- *Graphé*: acusación. *Graphaí* (pronunciación: *graphái*): acusaciones.
- *hoi éndeka*: los once.
- *Hypogrammateús* (pronunciación: *hypogrammatéus*): subsecretario. *Hypogrammateîs*: subsecretarios.
- *Kýrie*: señor, amo. *Kýria*: señora, ama.
- *Pólis*: ciudad.
- *Pséphos*: pequeña piedra redonda que sirve para contar, votar, etc. *Pséphoi*: plural.
- *Prytanéion* (pronunciación: *pritanéion*): sede de los

Pritanos y, por lo tanto, del poder ejecutivo.

- *Pinákion*: tablón de anuncios públicos o de registro donde los jueces escribían sus veredictos. *Pinákia*: plural.
- *Psyché*: alma.
- *Thólos*: construcción de forma circular.
- *Tímema*: propuesta de pena.